



# Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

For more information see:

<http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks>



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

# Los dos curiosos impertinentes

José Echegaray



~~BSP 7138 AT~~

REP. S. 5656









**LOS DOS CURIOSOS IMPERTINENTES**



# LOS DOS CURIOSOS IMPERTINENTES

DRAMA EN UN PROLOGO Y DOS ACTOS

TERCERA PARTE DE UNA TRILOGIA

POR

JOSÉ ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO ESPAÑOL el 8 de Abril de 1882.

---

TERCERA EDICIÓN

---

MADRID  
IMPRESA DE JOSÉ RODRÍGUEZ  
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

---

1894

## PERSONAJES

## ACTORES

|                 |       |                      |
|-----------------|-------|----------------------|
| MAGDALENA ..... | SRTA. | CALDERON.            |
| MARÍA.....      | SRA.  | CONTRERAS.           |
| DON ANDRÉS..... | SR.   | SÁNCHEZ.             |
| DON JÁIME.....  | »     | JIMÉNEZ.             |
| GABRIEL.....    | »     | CALVO (D. Rafael.)   |
| GONZALO .....   | »     | CALVO (D. Ricardo.)  |
| LUIS.....       | »     | CALVO (D. Fernando.) |
| BERNARDO.....   | »     | CALVO (D. José.)     |
| LEANDRA.....    | SRA.  | VARELA.              |
| CRIADO.....     | SR.   | RIVELLES.            |

Época contemporánea: Prólogo y primer acto en Madrid:  
el segundo en la quinta de don Andrés.

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de D. FLORENCIO FISCOWICH, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



---

## PRÓLOGO

---

La escena representa una sala sencilla y elegante, pero no lujosa, como perteneciendo á una familia de la clase media. Balcón á la izquierda del espectador: dos puertas á la derecha: puerta principal en el fondo.

Á la izquierda una mesa pequeña; á la derecha un sofá.

Es el anochecer, aún no han traído luces.

## ESCENA PRIMERA

DON ANDRÉS y LUIS; don Andrés sentado en una butaca junto á la mesa: Luis en pié mostrando gran impaciencia.

LUIS.   Muy despacio va la novia,  
y el novio va más despacio;  
ni ella deja el tocador,  
ni él acude á sus reclamos:  
allá Magdalena llora,  
según uso añejo y clásico;  
y aún oculta el horizonte  
de don Jaime el rostro pálido.  
El padrino no parece:  
usted espera hace rato,  
tendido en esa butaca

con la paciencia de un santo:  
la sala está más oscura  
que un melodrama romántico:  
ni dan órdenes los dueños,  
ni se mueven los criados,  
y solemne se aproxima  
la epístola de San Pablo,  
sin que de la boda nadie  
se ocupe, ni sus cuidados  
preste á los mil accidentes  
propios de lance tan árduo.

ANDRES. Ya suple tu actividad  
la que á otros falta.

LUIS. Pues claro.

Le digo á usted que á no ser  
por mis ímpetus gallardos,  
ni se casaba mi prima  
á pesar de sus encantos,  
ni Gabriel, con todo el fuego  
de su pasión y sus años,  
lograba de la parroquia  
llegar al recinto sacro.  
Fuego y parroquia, dos nombres  
que van siempre emparejados;  
á ella se acude contra él  
en uno y en otro caso.  
¿Fuego en las casas? las bombas.  
¿Fuego en el izquierdo lado?  
el matrimonio. Y á poco  
vecinos y vecindario  
encuentran ceniza fría,  
donde antes foco inflamado.

ANDRES. ¿Qué es eso?

LUIS. Pues la verdad.

ANDRES. ¿Dónde aprendiste, muchacho,  
esa sarta de sandeces  
con ribetes de pecado?

LUIS. (Con petulancia.)  
En mis viajes; y en mis libros:  
y en el mundo y sus escándalos.

ANDRES. En Francia.

- LUIS. Y en todas partes.
- ANDRES. ¡Buena gente habrás tratado!
- LUIS. Pues á ustedes en Madrid.
- ANDRES. Ya... No lo dije por tanto.  
Hablar quise de otras tierras.
- LUIS. En París, iba de diario,  
con otros cien españoles,  
al hotel de don Gonzalo.  
Me parece que el padrino  
de Gabriel, es hombre...
- ANDRES. ¡Claro!  
¿Para una boda no hay otro?  
(Con sarcasmo mal contenido.)
- LUIS. ¡Buen padrino!
- ANDRES. Ni de encargo.
- LUIS. Son amigos de colegio:  
y se quieren como hermanos:  
y el de Aranda, como dicen,  
como yo digo, Gonzalo,  
—porque somos uña y carne,—  
es un hombre extraordinario.  
En la banca una potencia,  
en las bolsas un espanto,  
en todas partes un Creso...
- ANDRES. Y en ninguna parte un santo.
- LUIS. Don Andrés, mal prevenido  
está usted contra Gonzalo.
- ANDRES. Ni mal, ni bien: sólo acudo,  
para juzgarle, á sus actos.
- LUIS. ¿Lo dice usted por Loreto?
- ANDRES. Por ese y otros escándalos.
- LUIS. Pero si ese no lo ha sido.  
(Movimiento de protesta de don Andrés.)  
¿Quién, don Andrés, se ha quejado?  
*Ella* no, que entre brillantes,  
pieles y blondas y rasos,  
sólo sientan bien sonrisas  
juguetonas en los labios.  
Pues *el esposo* tampoco,  
que su amigo don Gonzalo,  
de él hizo un hombre de pro;



casi, casi un millonario,  
 y sin casi un personaje,  
 y por poco un diputado.  
 Pues las gentes mucho menos  
 que acuden á sus saraos,  
 y devoran en su mesa  
 y desfilan por su palco.  
 ¿Quién entonces el quejoso?

**ANDRES.** La vergüenza y el recato:  
 eso que enciende mejillas  
 y que hace bajar los párpados.  
 Pero á fe que no comprendo  
 por qué de estas cosas hablo  
 contigo. Será sin duda,  
 porque á obscuras casi estamos,  
 y la cara no te veo  
 y discurre, voto al diablo,  
 que con un hombre formal  
 de tales asuntos trato.  
 Toca el timbre: pide luces:  
 que es bueno que nos veamos,  
 porque ataje tu presencia  
 el enojo de mis labios.

**LUIS.** Luces, Fulgencio. (Desde la puerta del fondo.)  
 (La edad: (Aparte.)  
 su cerebro no está sano.)  
 (Un Criado trae luces.)

## ESCENA II

**LUIS, DON ANDRÉS y MAGDALENA,** por la derecha, primer término.

**LUIS.** Adiós, Magdalena.

**MAGD.** Adiós.

(Se deja caer en el sofá.)

**LUIS.** ¿María con su tocado?...

**MAGD.** Es natural. (Como distraída.)

**LUIS.** Ya no falta...  
 que... ¡no falta ni hora cuartol

(Mirando el reloj.)

¡Y ese Gabriel!... Pues yo voy  
de una carrera á buscarlo.

Y á visitar la parroquia.

Y á ver si viene Gonzalo.

Hasta luégo... diez minutos...

mi coche me espéra abajo. (Sale Luis.)

ANDRES. Y en el pescante, qué lástima  
que no te esperara el diablo.

### ESCENA III

DON ANDRÉS y MAGDALENA; él sentado en la  
butaca de la izquierda; ella en el sofá.

MAGD. ¿Será feliz?

ANDRES. ¿Quién?

MAGD. María.

¿Usted, padre, qué presente?

ANDRES. Esas cosas sólamente  
las sabe Dios, hija mía.

MAGD. ¿Qué piensa usted de Gabriel?

¿Es noble su corazón?

¿La querrá?

ANDRES. Sí; con pasión:

ella lo dice.

MAGD. ¿Pero él?

ANDRES. Lo demuestra, pues se casa.

MAGD. Ahora tal vez... pero luégo...

ANDRES. Aprovechemos el fuego

y no pensemos qué pasa.

De la hoguera en derredor,

mientras por fuera graniza,

nadie piensa en la ceniza,

todos gozan del calor.

MAGD. En la frente de Gabriel

una sombra siempre ví.

ANDRES. (Ap.) ¡Quién sabe si verá en tí  
la sombra que ves en él!

MAGD. ¡Dice cosas tan extrañas!

¡es tan duro y tan severo!  
 ¡su mirada es un acero  
 que se clava en las entrañas!

ANDRES. ¡Eso es hablar sin razón  
 y sin seso, en puridad!  
 ¡No te corrige la edad!  
 ¡Siempre la exageración!  
 Gabriel es... un hombre serio,  
 y además un hombre honrado.

MAGD. Pues á mí...

ANDRES. ¿Qué?

MAGD. Me han contado  
 que en su vida hay un misterio.

ANDRES. ¿Conque un misterio también?

MAGD. (En voz baja.) ¡Mató á su madre de pena!

ANDRES. ¡Magdalena! ¡Magdalena!

MAGD. Eso dicen.

ANDRES. ¿Pero quién?

MAGD. Los que conocen su historia.  
 Y de don Jáime... las gentes...  
 también murmuran.

ANDRES. (Con disgusto y desprecio.)

No cuentes  
 la del padre: es bien notoria.  
 En su pasado un borrón:  
 una mancha en su apellido:  
 para su casa, ha escogido  
 el de Aguirre mal blasón.

MAGD. Pues usted mismo lo dice:  
 y esto prueba, el fundamento  
 de las angustias que siento.

ANDRES. Es ya tarde.

MAGD. Yo bien hice  
 cuanto pude, en el albor  
 de esos tristes amoríos,  
 por matarlos con desvíos  
 y rigores; pero amor,  
 hasta tanto que no acaba,  
 y á veces es infinito,  
 es como dardo maldito  
 cuando en la carne se clava.

Si en el alma viene á dar,  
no hay quien del alma lo mueva;  
ó consigo se la lleva  
si lo quieren arrancar.

ANDRES. ¡Cosas tan raras se ven!  
aún han de vivir los dos  
en paz y en gracia de Dios,  
él cien años y ella cien.

MAGD. Podrá ser; pero yo siento  
dudas... injustas acaso,  
y me encuentro á cada paso  
con algún presentimiento.  
Anoche mismo... ya tarde...  
(Con terror supersticioso.)  
sin poder cerrar los ojos...  
entre tristezas y enojos,  
y entre resuelta y cobarde...  
descalza sobre la alfombra  
llegué al cuarto de María,  
para ver si conseguía  
en el silencio y la sombra,  
besar por última vez  
con ternura maternal,  
en su lecho virginal,  
aquella divina tez.  
Hallé luz: en tintas puras  
de un ángel era el remedo:  
es muy niña, tiene miedo,  
no quiere dormir á obscuras.  
La besé: no me ha sentido,  
pero entre sueños me llama;  
y en los hierros de la cama  
al salir dejé tendido,  
—porque los rayos filtrados  
de la blanca lamparilla,  
no hieran en su mejilla  
ni en sus párpados cerrados —  
un ancho y negro crespón  
hecho dos ó tres dobleces...  
Ya sé que son pequeñeces,  
pero, padre, no lo son.

Porque al marcharme, ¡cruel  
me asalta un recuerdo impío!  
¡Aquel crespón era el mío!  
(Acercándose á don Andrés.)  
¡En él iba envuelta! ¡en él!  
¡Él rozó contra mi frente,  
cuando en la noche fatal  
hirió á Pablo mi puñal,  
creyendo herir á Torrentel  
Y al ver el siniestro túl  
como funeraria niebla,  
envolviendo en su tiniebla  
sueños de rosa y azul,  
¡su sombra me parecía,  
sobre aquella faz serena,  
el crimen de Magdalena  
en la frente de María!  
Arranqué el crespón maldito  
de aquel lecho todo calma,  
como se arrancan del alma  
los girones de un delito,  
y á mi cuarto me marché,  
y en mi lecho me tendí,  
y la luz del alba ví,  
aunque yo no la miré,  
sintiendo mis ansias todas  
crecer con nueva agonía,  
y murmurando: «¡hija mía,  
mala víspera de bodas!»  
(Se arroja en el sofá, se oculta el rostro entre las  
manos y llora amargamente.)

## ESCENA IV

MAGDALENA, MARIA y DON ANDRÉS

María viene por la derecha, segundo término.

MARIA. Pues... ¡llorando sin consuelo!  
¡y queriéndola yo tanto!

(Sentándose en el sofá junto á su madre y abrazándola y besándola )

¿No sabes tú que tu llanto  
anubla todo mi cielo?

¿Por qué esas lágrimas? dí.

Y si no diga usted, padre:

¿por qué es tristeza en mi madre  
lo que es dicha para mi?

Vamos, que no es regular:  
que esto nunca sucedió.

MAGD. ¡Perdón!

MARIA. ¿Perdonarte yo?

¡Ahora sí que he de llorar!

MAGD. ¡Eso no!

ANDRES. ¡Sin atadero!

(Separándose enojado de las dos.)

MAGD. ¡Ya no lloro!

MARIA. ¡Si están rojos  
y amoratados tus ojos!

ANDRES. ¡María!

MARIA. ¡Cuánto te quiero!

(Llorando las dos.)

ANDRES. ¡Bravo! ¡Soberbio entremés!

¡ahora, llorando las dos!

un poco más, ¡vive Dios!

y lloraremos los tres.

MARIA. (Consolando á su madre.)

Si vamos á vivir juntas:

si no nos separaremos:

mira, madre, ¡nos querremos

tanto! ¡tanto!... ¿Qué preguntas?

(Inclinándose para oír á Magdalena.)

¿Qué dices? No te oigo bien.

MAGD. ¿Serás feliz?

MARIA. Si hay razón:

y con una condición:

que lo has de ser tú también.

MAGD. ¿Le amas mucho?

(María con la cabeza dice que sí.)

MARIA. ¡Pero él más!

MAGD. ¡Es tan...!

- MARIA. Dilo: tan severo.  
MAGD. ¡Tiene un carácter tan fiero!  
MARIA. Mucho, sí... con los demás.  
Conmigo ya es de otro modo.  
(Todo esto que sigue con malicia.)  
¡Yo me enfado!... pues me implora:  
¿yo quiero que lllore?... llora:  
y en fin, me obedece en todo.  
Y es mejor de esta manera  
ver tan humilde al que es bravo,  
que al que nació para esclavo  
y es esclavo de cualquiera.
- ANDRES. Digo, si sabe la niña  
á pesar de su inocencia:  
¡espanta pensar la ciencia  
que cabe en una basquiñal
- MAGD. Dicen que á su pobre madre  
hizo verter mucho llanto.
- MARIA. ¡Mucho!... ¡Bah! .. No será tanto.  
Deja á la envidia que ladre,  
que á mi no me quita el sueño  
de sus fauces el ladrido.  
¿Si tendré bien conocido  
al que elegí para dueño?  
Y además, esos regalos  
suelen los hijos hacer  
á los que les dan el ser.  
¡Si somos todos muy malos!  
Aun siendo cierto el cantar  
de esa gente, nada infiero;  
mira yo cuánto quiero,  
¡y cuánto te hago llorar!
- MAGD. No digas eso, hija mía.
- MARIA. Digo, que si alguien nos viera,  
también á Gabriel dijera  
que es muy mala su María:  
sí señora, y muy cruel:  
que te trato sin piedad.
- MAGD. ¡Pues no dijera verdad!
- MARIA. Pues tampoco de Gabriel.
- ANDRES. Basta ya. (A Magdalena en voz baja.)

- MAGD.** (Aparte.) (Muy lejos fui:  
es cierto.)  
(En voz alta á María.)  
Pues le prefieres  
á todo... pues tú le quieres...  
ya es sagrado para mí.
- MARIA.** ¡Gracias!... ¡gracias!...
- ANDRES.** ¡Qué mimosa!
- MARIA.** ¿No más de Gabriel?
- MAGD.** No más.
- MARIA.** Pero dime... ¿le querrás?
- MAGD.** Mucho si te hace dichosa.  
Lo que yo te iba diciendo...  
mi pena por esta unión...  
mis dudas... mira... no son  
por Gabriel. Yo no le ofendo...  
sé que es bueno, que es honrado...  
pero ¿piensan de igual modo  
los suyos? y sobre todo,  
su padre. ¿No has observado  
sus miradas... sus maneras?  
¿es sombrío ó es astuto?
- MARIA.** Eso ya no lo discuto:  
de don Jáime, cuanto quieras.
- MAGD.** Lo pasado no le abona.
- MARIA.** Siempre me lo figuré.  
¿Conque tú sabes?... (Con curiosidad.)
- MAGD.** Yo sé  
que el padre es mala persona.
- MARIA.** Pues bien, deja que lo sea:  
nada con serlo nos pasa,  
nosotros en nuestra casa;  
y don Jáime allá en su aldea.
- MAGD.** Dicen que su alma cegó  
de oro ajeno al torpe brillo:  
que de su honor al castillo  
mala brecha se le abrió.  
¡Y el que de su sangre impura  
(Sin poder dominarse.)  
recogió sangre en las venas,  
será bueno á duras penas,





- que allí va la levadura!
- MARIA. ¡Qué ha de faltar mi Gabriel  
porque don Jáime faltara!
- MAGD. ¡Eso no!
- MARIA. ¡Quién lo pensara!  
¡Si él no es otro: si él es él! (Con energía.)  
¿Ó son ya principios fijos,  
dílo, aunque mi alma taladres,  
que las manchas de los padres  
han de heredarlas los hijos?
- MAGD. (Con angustia y apresuramiento.)  
¡Tampoco!... ¡La culpa en pos  
va solo del criminal!
- MARIA. ¿Luego mi Gabriel?...
- MAGD. (Ya vencida.) ¡Es tal,  
como quiso hacerlo Dios!
- ANDRES. Y llegarán hijo y padre  
dispuestos á atar el nudo,  
y verá el novio ceñudo,  
en los brazos de la madre,  
con trazas de amargo llanto  
á la esposa prometida;  
y pensará de corrida,  
que para afigirse tanto,  
y tomarlo tan á pecho,  
y convertir en un luto  
este natural tributo,  
fuera acaso más derecho,  
dejar quietos á San Pablo  
y á la calle de la Pasa,  
cada cual irse á su casa,  
y mandar la boda al diablo.
- MAGD. Es verdad.
- ANDRES. (Asomándose al fondo.)  
Pues lo que dije...
- MARIA. ¿Es Gabriel? (Levantándose.)
- ANDRES. Pienso que sí.
- MAGD. Vete... serénate... (Levantándose también.)
- MARIA. Dí:  
¿nada te aflige?
- MAGD. Me aflige,

- el haberte hecho llorar.
- MARIA. ¿Nada más?... Pues ya no lloro.  
Adiós. (Las dos se van hacia la derecha.)
- MAGD. ¡Adiós, mi tesoro!  
(Ya junto á la puerta se abrazan y se besan )
- MARIA. ¡Un beso!
- ANDRES. ¡Vuelta á empezar!
- MARIA. ¿Estarás con él... cumplida...  
y amable?
- MAGD. Yo te lo fío.
- MARIA. ¡Pues adiós!
- MAGD. ¡Adiós, bien mió!
- MARIA. (Al salir vuelve á asomar la cabeza y dice lo que sigue.)  
¡Te quiero más que á mi vida!  
(Mandándole un beso.)

## ESCENA V

MAGDALENA, DON ANDRÉS, DON JAIME  
y GABRIEL

- MAGD. Gabriel...
- GAB. Señora... (Se dan las manos.)
- ANDRES. (Después de dar la mano á don Jáime, que á su vez se inclina ante Magdalena.)  
Más tiernas  
(A Magdalena y Gabriel.)  
debieran ser las palabras  
del saludo entre vosotros,  
al chocar palma con palma.  
¿No es usted de mi opinión,  
señor don Jáime?
- JAIME. Son vanas,  
señor don Andrés, las fórmulas  
y etiquetas, si las almas  
no inspiran por sus afectos  
frases que el uso consagra;  
y en cambio, si ellas las dicen,  
ya se oyen sin pronunciarlas.
- MAGD. Si Gabriel la hace feliz,

más que su madre ¡su esclava  
seré! que el darle á María,  
bien sabe Dios, ¡y él me valga!  
que es darle toda la luz  
del cielo de mi esperanza.

GAB. Si con un amor inmenso,  
en esta existencia humana,  
se logra que una mujer  
feliz viva y viva honrada,  
lo será tanto María  
como en el cielo las almas,  
si es posible que lo azul  
baje á este valle de lágrimas.

ANDRES. Pues el hielo derribióse,  
y poco tiempo nos falta  
para emprender hacia el templo  
nuestra alegre caminata,  
dejando aparte lirismos  
y epitalamios y cántigas,  
hablemos de asuntos serios  
como personas sensatas.

GAB. ¿No vino Gonzalo?

ANDRES No;  
pero Luisito en las alas  
de dos poderosas yeguas,  
y la hiperbole me valga,  
fué por él, y muy en breve  
el tirano de la banca  
descenderá de su altura  
á estas regiones prosáicas.

MAGD. ¿Usted insiste, Gabriel,  
en que Gonzalo de Aranda  
como padrino se acerque  
con usted al pié del ara?

GAB. Él lo desea, señora.

MAGD. Pensé que usted lo deseaba.  
(Con cierta ironía muy oculta.)

GAB. Yo también; Gonzalo ha sido  
mi comoaño de infancia:  
más que compañero, hermano.  
Hubo, señora, en mi casa

momentos de horrible angustia.  
Calumnias ruines y bajas,  
como legiones de buitres,  
sobre la copa nevada  
de algún pino solitario  
en lo alto de la montaña,  
cayeron en pelotones  
sobre una cabeza cana,  
queriendo manchar de negro  
su blancura inmaculada.  
Mi brazo espantó bien pronto  
la torpe y cobarde banda,  
sin más auxilio, señora,  
que el de una conciencia honrada;  
pero en aquella ocasión,  
ese Gonzalo de Aranda,  
vino á buscarme y me dijo,  
pero como dice el que habla  
con esto: (Poniendo la mano en el corazón.)

«Dispón de mí:

»tengo dinero en mis arcas:  
»un corazón en el pecho:  
»en mi armero dos espadas:  
»y el de siempre soy, Gabriel,  
»conque ya lo sabes... manda.»

Y sin más, fuése de prisa  
para ocultar una lágrima,  
que atestiguaba en sus ojos  
la verdad de sus palabras.

JAIME. Y además porque era tarde  
y en la Bolsa le esperaban:  
y jugó con tanto tino,  
en tan certera jugada,  
que se ganó diez millones  
de la noche á la mañana.

GAB. Es verdad: y él me lo dijo  
con la franqueza y la gracia  
tan propias de su carácter.  
«Tuve contigo, exclamaba,  
»un arranque generoso;  
»obré bien: por justa causa:

»y satisfecho de mí,  
 »cosa en verdad, harto rara,  
 »me adjudiqué como premio  
 »diez millones de ganancia.»

(En tono festivo.)

JAIME.      Hombre feliz, que aprovecha  
 (Con ironía.)

de sus acciones honradas  
 la parte más substanciosa,  
 para jugar á la baja.

MAGD.      Según parece, don Jáime,  
 (Sonriendo.)  
 usted también opinaba  
 que otra elección de padrino...  
 ¿no es cierto?

ANDRES.                              Discusión vana.

GAB.      Gonzalo vale, señora,  
 más, mucho más, que su fama.

MAGD.      ¡Pero ella vale tan poco!

GAB.      ¡Pero él tanto la ventaja!

MAGD.      Y usted, ¿qué dice? (A don Jáime,)

JAIME.                                      ¿Qué á quién

la murmuración no mancha?  
 Muerde en aquél, muerde en éste:  
 ni se enmienda, ni se cansa:  
 y de las honras el roce  
 más punta á sus dientes saca.  
 Contarán cosas de mí...  
 y de usted... todo eso es nada.  
 Lo que importa, es que al mirar  
 cada cual por dentro su alma,  
 no sienta miedo, ni horror,  
 vergüenza, ni repugnancia.

(Dice esto con dureza. Pausa. Cierta contrariedad  
 en todos. Magdalena se siente herida, inclina la  
 cabeza y queda como abrumada.)

ANDRES.      De asuntos serios propuse  
 que hablásemos, y es extraña  
 contradicción en verdad,  
 ocuparnos del de Aranda  
 con tal insistencia, siendo

- según él mismo declara,  
su famosa seriedad,  
seriedad tan problemática.  
Algo pensabas decir (A Magdalena.)  
á estos señores: ya falta  
muy poco tiempo, y debieras...
- MAGD. Es verdad, padre.
- ANDRES. Pues habla.
- GAB. A sus ordenes estamos.
- MAGD. Me inspira gran repugnancia...  
en materia de intereses...
- ANDRES. Es tu deber.
- MAGD. Nuestra casa,  
si no opulenta, era rica;  
pero un pleito... no: una infamia...  
á tiempo que murió Pablo...
- ANDRES. Vamos, Magdalena...
- GAB. Basta;  
que el asunto no merece  
la pena que á usted le causan  
los recuerdos dolorosos...
- MAGD. ¿De qué? (Alarmada.)
- GAB. De aquella desgracia.
- MAGD. Pues usted puede á don Jaime (A don Andrés.)  
explicarle de la Habana  
nuestro pleito, y los papeles  
entregar...
- GAB. (A don Jaime.) Ruin y prosáica  
ocupación en tal día  
es esta que te amenaza.
- MAGD. Usted, en quedando libre,  
¿qué más quiere? Déle gracias  
á Dios, que padre le ha dado  
tan cariñoso, y con tanta  
experiencia en los asuntos  
de intereses y de banca. (Con intención.)  
Vamos allí. Y al momento (A don Andrés.)  
volveremos á esta sala.
- GAB. Un instante. De intereses  
habló usted, y esto reclama  
por nuestra parte, señora,

declaraciones análogas.  
 Usted no tiene fortuna,  
 según nos dijo. ¡Bien haya  
 casualidad que á María  
 y á mí de este modo iguala!  
 Pero hay una diferencia,  
 que valga por lo que valga,  
 haré constar. Y es, que ustedes  
 perdieron la de la Habana:  
 nosotros nada perdimos,  
 que jamás tuvimos nada.  
 Con su trabajo vivió: (Señalando á su padre.)  
 hoy, con su retiro... pasa.  
 Y la vida de mi padre  
 es espejo en que la cara  
 su hijo se mira de diario,  
 porque es un cristal sin mancha  
 y quiere ver si la suya  
 conserva la semejanza.  
 Sólo esto quise decir:  
 y no más; con esto basta.  
 Perdone usted: la detuve  
 hablando más que pensaba.  
 (Saludando respetuosamente, pero con cierta hos-  
 tilidad oculta.)

**MAGD.** Por lo visto, entre nosotros  
 todo es igual.

(Saluda también, y sale con don Andrés por la  
 derecha, primer término.)

**JAIME.** (Aparte.) (No la infamia.)

## ESCENA VI

GABRIEL y DON JAIME

**GAB.** Por si hubo intención.

**JAIME.** ¿Qué importa?

**GAB.** Siempre hiere esa mujer.

**JAIME.** Tu ángel malo podrá ser  
 á la larga ó la corta.

- GAB. ¿Qué lazo me une con ella?  
 JAIME. El que la une con María.  
 Llegará, Gabriel, un día  
 en que esa niña tan bella,  
 aparezca ante tus ojos  
 en la niebla de la duda:  
 querrán la verdad desnuda  
 tus insensatos antojos,  
 y aunque el alma te taladre,  
 pasar de marido á juez,  
 ya dirás alguna vez:  
 ¡al fin hija de su madre!
- GAB. ¿Su madre?... Cuerpo le dió,  
 pero ella vino de allá; (Señalando al cielo.)  
 por él su madre será,  
 pero por el alma no.
- JAIME. Hoy todo sabe á ambrosía,  
 pero ya vendrá la hiel.  
 Si es mala... ¡pobre Gabriel!  
 Si es buena... ¡pobre María!
- GAB. ¿Por qué me hostigas así,  
 sin razón?
- JAIME. ¡Por Belcebú!  
 porque sé lo que eres tú.
- GAB. Es cierto... ¡dudé de tí! (Bajando la cabeza.)
- JAIME. Si empobrecida la vena  
 de tu fe, ni á mí me alcanza,  
 ¿cómo has de tener confianza  
 en la hija de Magdalena?
- GAB. Amargas sin compasión  
 la sola dicha que ansío:  
 no me quejo, padre mío;  
 tienes derecho y razón.  
 Dudé; pues dudas.
- JAIME. No más.
- GAB. Lo recuerdo y me extremezco:  
 sí, por aquello merezco  
 esto, y todo, y mucho más.  
 (Cae abatido en un sillón.)
- JAIME. No me comprendes, Gabriel:  
 es cariño, no es rigor:



pecaré por previsor,  
 pero nunca por cruel.  
 De mi honor hecho pedazos;  
 de aquella noche afrentosa;  
 sólo recuerdo una cosa ..  
 ¡que lloraste entre mis brazos!  
 Un hijo sabe ofender:  
 sabe un hijo torturar:  
 un padre con perdonar  
 sabe cuanto ha de saber.

GAB. ¡Sí, padre!... (Se levanta y le abraza.)

JAIME. Mi sangre toda  
 diera por verte dichoso.

GAB. ¡Si voy á serlo!

JAIME. Es dudoso.

GAB. ¿Pues qué temes en mi boda?

JAIME. Tu carácter, hijo mío.  
 Buscas siempre la evidencia,  
 y esa se encuentra en la ciencia,  
 y aun mermada. Pero frío,  
 terco, implacable en tu calma,  
 aplicas el escalpelo  
 á los misterios del cielo  
 y á los misterios del alma.  
 Y de tu padre el honor,  
 de tu mujer la virtud,  
 en esa eterna inquietud  
 vienen á ser en rigor,  
 no cosas en que creer,  
 ni afectos con que sentir,  
 sino puntos que inquirir,  
 problemas que resolver.  
 Una piedra se analiza,  
 y se disuelve un metal;  
 pero en el orden moral,  
 la virtud es quebradiza.  
 Y sonrojas cuando arguyes  
 con las cosas que pretendes:  
 ¿muestras dudas? pues ofendes,  
 ¿analizas? pues destruyes.

GAB. ¿Y temes?

JAIME. Por vuestro amor:  
por ella: por tu ventura.

GAB. ¡Es pura!

JAIME. Cuanto más pura  
es el peligro mayor.

GAB. Si de ella no dudaré:  
creo en ella como en tí:  
la ví y al punto sentí  
que era mi amor y mi fe.  
Mi razón está tranquila  
y mi cariño contento,  
que leo en su pensamiento  
al través de su pupila.  
Y al alma le presta calma,  
ver cuando un alma es sincera,  
qué pronto y de qué manera  
puede conocerse un alma.  
Atiende. A tu pueblo fuimos  
hace cuatro años ó más.  
Que está cerca, ya sabrás,  
porque entonces lo supimos,  
la quinta de don Andrés,  
donde don Pablo murió.  
Y esto que te cuento yo  
pasó seis meses después.  
Llevamos al camposanto  
al buen Simón aquel día;  
quedóse en su fosa fría;  
y entre tristezas y llanto  
á poco tiempo de allí  
fuése marchando la gente:  
me quedé yo sólamente,  
porque escucha lo que ví. (Pausa.)

—  
Una losa á ras del suelo:  
en un extremo una cruz:  
en torno y con poco vuelo  
una verja, y en el cielo  
mucho calma y poca luz.

—  
Dos mujeres enlutadas

de rodillas y llorando  
en la verja reclinadas,  
y algunas aves pasando  
por el aire apresuradas.

—  
Las dos lloran á la par  
la misma fortuna adversa;  
pero es fácil observar,  
que es en ambas muy diversa  
la manera de llorar.

—  
Á tierra la madre inclina  
la faz envuelta en un tul:  
alza la frente divina  
la más joven, de lo azul,  
hacia la inmensa cortina.

—  
Sobre el grupo triste y bello,  
tiende su sombra un ciprés;  
mas de la niña al cabello  
llega del sol un destello  
por las ramas á través.

—  
Y de la sombra en la alfombra,  
junto á la verja y la cruz,  
forman contraste, que asombra,  
dos cuerpos todos en sombra  
y una frente toda en luz.

—  
Las enlutadas llorando:  
la noche bajando al suelo:  
y yo conmigo pensando:  
«¡la que al cielo está mirando,  
»es hermosa como un cielo!»

—  
Acabaron su oración,  
y aún puestas las dos de hinojos,  
se besaron con pasión:  
la una con sus labios rojos:  
la otra al través del crespón.

—

Se levantaron: salieron:  
á lo lejos las seguí:  
mas las dos se detuvieron,  
que en el campo santo vieron  
algo que al pronto no vi.

—  
Era una pobre chicuela  
junto á una fosa tendida:  
vino al salir de la escuela,  
y allí se quedó dormida  
la imprudente rapazuela.

—  
La del tul miró y pasó:  
la niña de frente pura  
se detuvo, se bajó,  
y á la pobre criatura  
en sus brazos se llevó.

—  
Y ví al fulgor de un lucero,  
aquélla y ésta enlutada,  
caminar por un sendero;  
una con marcha pesada,  
la otra con paso ligero.

—  
Y no sé por qué razón,  
al notar la diferencia,  
murmuraba el corazón:  
«¡cuánto pesa una conciencia;  
«qué poco una buena acción!»

—  
Llegan al pueblo vecino:  
en tierra deja su peso  
la de rostro peregrino:  
una moneda y un beso,  
y prosigue su camino.

—  
Á la niña, que corría,  
consigo alcanzar sin pena.  
«¿Cómo se llama, hija mía?...»  
«¿Quien, la mala? Magdalena...»  
«La que te trajo»... «María.»

Y así pude conocer,  
 por una losa, una cruz,  
 una niña, y el poder  
 de un sólo rayo de luz,  
 el alma de esa mujer. (Pequeña pausa.)

JAIME. ¿Y ya la conoces? (Con tono de duda.)

GAB. Sí.

JAIME. ¿Y no dudas de ella?

GAB. No.

JAIME. ¿Quié me lo asegura?

GAB. Yo.

JAIME. ¿Y dónde la prueba?

GAB. Allí.

(Señalando hacia la derecha.)

## ESCENA VII

GABRIEL, DON JAIME y MARIA, por la derecha,  
 primer término.

MARIA. Don Jáime... Gabriel...  
 (Saludando alegremente.)

GAB. María...

¿Me das la razón? (A su padre aparte.)

JAIME. Te excuso.

(A Gabriel aparte.)

Hemos tardado... (En voz alta á María.)

MARIA. Es el uso.

JAIME. No debe serlo este día.

¿Vas contenta?

(Cogiéndola por las manos y mirándola con fijeza.)

MARIA. ¿Dónde?

(Como si no comprendiese.)

JAIME. Allí:

al altar: con tu Gabriel.

MARIA. ¿Si voy contenta?... Pues él

(Procurando ocultar el rostro.)

puede contestar por mí.

JAIME. ¿Te dió mi pregunta enojos?

MARIA. Eso no.

- JAIME. ¿Tampoco agravios?  
GAB. ¿Á qué han de decir los labios  
lo que ya dicen los ojos?  
JAIME. Si mi experiencia no miente,  
todo un cielo de alegría  
se ve al través, hija mía,  
de su cristal transparente.  
MARIA. Pues si tan claro el cristal  
pregona su parecer,  
del alma tendrá poder  
y no ha de dejarle mal.

### ESCENA VIII

MARÍA, GABRIEL, DON JAIME y LUIS; éste por  
el fondo.

- LUIS. Lindamente, vive Dios,  
y en calma ustedes están,  
mientras yo, por esas calles  
corro en posta sin cesar.  
Ya está el párroco esperando,  
y dispuesto el sacristán,  
y una turba de chiquillos  
esperando en el portal,  
porque dicen, que se dice,  
que los novios llegan ya.  
Corro á casa de Gonzalo  
y me encuentro ¡otro que tall  
al bolsista impenitente  
empeñado en calcular,  
intereses, diferencias,  
lo de menos, lo de más...  
Á todo esto muy tranquilo,  
sin saber la hora que da,  
en su artístico despacho,  
con perfume de boudoir,  
entre un Cristo bizantino,  
y una Leda, que no hay más

para fingir en el mármol  
de la carne la verdad.  
Le hago dejar sus papeles,  
tomo mi coche y acá;  
y me encuentro á los dos novios  
en coloquio celestial,  
arreglando el porvenir  
de los nietos, con papá.  
¡La mantilla, y al momento! (Á María.)  
¡Ah, de la gente formal!  
(Asomándose á la segunda puerta de la derecha.)  
GAB. Es cierto, que se hace tarde.  
JAIME. Tiene razón: vamos ya.  
LUIS. (Desde la puerta.)  
¡Magdalena!... ¡Don Andrés!...  
el padrino queda atrás...  
¡Más aprisa!

## ESCENA IX

MARÍA, GABRIEL, DON JÁIME, LUIS, MAG-  
DALENA y DON ANDRÉS

ANDRES. Calma, calma.  
LUIS. ¡Bravo consejo en verdad!  
(Entre tanto María se pone la mantilla al espejo  
y su madre le ayuda. Á la izquierda Gabriel y  
don Jáime.)  
Si con calma se tomase  
esto de matrimoniar,  
¿piensa el señor don Andrés  
(En el centro don Andrés y Luis.)  
que se llegara jamás?  
Éstas cosas de repente:  
como el que se arroja al mar.  
De sus árabes el trote...  
Tenemos padrino ya.  
¿Estáis dispuestas?  
MARIA. ¿Dispuestas?  
LUIS. Pues abajo.

ANDRES. ¡Eres voráz  
en todo! ¿No ves, Luisito,  
que esperarle es regular?  
LUIS. Pues ya llega.  
JAIME. Pues que llegue:  
y él nos traiga dicha y paz.

## ESCENA X

MARÍA, MAGDALENA, GABRIEL, DON JÁIME,  
DON ANDRÉS y GONZALO

El orden general de los personajes, prescindiendo del término en que deben colocarse, es de izquierda (del espectador) á derecha, el siguiente: Luis, don Jáime, Gabriel, Gonzalo, María, Magdalena, don Andrés.

GONZ. Señora... (saludando á Magdalena.)  
Gabriel... María... (Lo mismo á los dos.)  
Si alguna disculpa hubiera,  
que mi tardanza pudiera  
excusar, la encontraría  
en mi empeño por cumplir  
con los novios un deber.  
Quise un recuerdo traer:  
no acaban de venir  
con el estuche... En verdad  
que es prosáica la razón,  
pero siempre la ilusión  
tropieza en la realidad.

LUIS. (Á don Jáime aparte.)  
¡Y le creerán! ¡pobre gentel  
pero si ayer ya tenía  
el estuche.

JAIME. ¡Ave María!  
y con qué frescura miente.  
(Siguen hablando don Jáime y Luis en voz baja.)

GAB. Me juraste...

GONZ. No.

GAB. Que sí:  
y esa fué la condición.



GONZ. Oye, chico, en conclusión (Riendo.)  
me lo devuelves á mí.

LUIS. ¡Qué miniatura!

JAIME. ¿De quién?

LUIS. Ya verá usted. ¡Tiene un marco!  
setenta mil y ando parco,  
que cualquiera le echa cien.  
Yo estaba cuando él llegó:  
¡y llegó en sublime arrobó  
mirándola como un bobo!  
Hasta que al fin la dejó  
con mano mimosa y suave,  
en su estuche de oro y seda,  
entre los brazos de Leda  
y la cabeza del ave.  
Y agregó: «guarda el secreto  
»por si la muerte me atrapa:  
»esta Leda era muy guapa,  
»y este cisne un mal sujeto.»

(En este momento aparece en el fondo el lacayo de  
Gonzalo con un pequeño estuche en una bandeja.)

GONZ. Ahí tienes mi gran pecado.

(Á Gabriel señalando el estuche.)

Ven, Julian...

(Se aproxima el lacayo y Gonzalo coge el estuche:  
movimiento de curiosidad en todos.)

Vamos á ver.

No: primero tu mujer, (Separando á Gabriel.)  
porque tú no lo has ganado.

¡Después de hacernos el bú!...

Usted también, Magdalena.

A tal delito, tal pena:

(Siempre dirigiéndose á Gabriel.)

¡todos!... ¡todos!... ¡menos tú!

(Acaba de abrir el estuche, saca el retrato y se lo  
presenta á María.)

MARIA. ¡Qué preciosa miniatura!...

¡Mi retrato, madre mía,  
cuando era niña!

(Presentándosele á su madre con afán: las dos for-  
mando grupo, lo contemplan.)

- MAGD. ¡María!
- ¡Mi María!
- GONZ. ¿Fué locura? (A Gabriel.)
- LUIS. (Ha pasado y procura ver el retrato.)  
A ver... á ver...
- ANDRES. (Aparte.) (¡Siempre estulto!)
- MAGD. ¡Así fuiste!... ¡Dulce sueño!
- MARIA. Mira, Gabriel...  
(Queriendo pasar con la miniatura.)
- GONZ. (Deteniéndola.) ¿Y mi empeño?
- MARIA. ¡Vamos... por mí!...
- GONZ. ¡Pues le indulto!  
(Dejándola pasar. Pasa María con el retrato y ella, Gabriel y don Jaime, formando un grupo, lo miran.)
- MAGD. Gracias, Aranda: esa faz  
en que un ángel se refleja,  
me parece que semeja  
iris celeste de paz.  
(Los personajes han quedado en el orden siguiente: don Jaime, Gabriel, María, Gonzalo, Magdalena, Luis, don Andrés.)
- GAB. ¡María!... ¡Mi amor!... ¡Mi bien!
- ANDRES. ¡Buen augurio!
- MAGD. ¡Buen augurio!
- GONZ. ¿Qué dices de mi perjurio? (A Gabriel.)
- GAB. Que yo te indulto también.
- MAGD. ¿Ese retrato?...
- GONZ. Es herencia.
- MAGD. ¿Murió su autor?
- GONZ. En París.
- MAGD. ¿Era su amigo?
- GONZ. Y de Luis.
- MAGD. ¿Cuál la causa?
- GONZ. La demencia.
- LUIS. ¡Un genio!
- GONZ. ¡Genio potente!
- LUIS. El os precede y os guía  
en este solemne día.
- MAGD. ¿Y se llamaba?...
- LUIS. Torrente.
- MAGD. ¡Jesús mil veces!

(Vacila y cae en el sofá: todos, menos Gabriel y don Jaime, que quedan en primer término y hacia la izquierda, la rodean.)

MARIA. ¡Dios mío!...

¡Madre!... ¡Madre!

ANDRES. La emoción...

GONZ. Es natural...

LUIS. (Corre al balcón y lo abre.) El balcón.

JAIME. (¿Qué dices?) (Aparte á Gabriel.)

GAB. (Ap. á su padre.) Que no varío:

que es ya cosa decidida:  
que el desmayo va á pasar:

(En efecto, Magdalena vuelve en sí y procura levantarse, y con sonrisas fingidas, tranquilizar á todos.)

y que iremos al altar  
aunque haya de ser mi vida  
un infamante calvario,  
un eterno purgatorio,  
y el paño del desposorio  
se nos trueque en un sudario.

FIN DEL PRÓLOGO

---

---

## ACTO PRIMERO

---

Sala elegante, pero no lujosa, en casa de Gabriel.

À la izquierda un balcón: à la derecha una chimenea encendida: los dos en primer término. En segundo, dos puertas, una à cada lado: en el fondo otra puerta. A la derecha un sofá, y entre él y la chimenea un velador con libros, álbuns y un quinqué encendido.

Es de noche: han pasado dos años desde el Prólogo.

### ESCENA PRIMERA

MARÍA, GABRIEL y GONZALO

- GONZ. ¡Cuarenta cartas he escrito  
sólo à un pueblo! ¡Credenciales,  
ciento veintidós cabales!  
¡Ó pego fuego al distrito,  
ó te saco diputado!  
Porque yo soy de este modo.  
Y usted, ¿qué dice? (A María.)
- MARIA. (Con oculta intención.) Que *en todo*,  
es usted muy alentado.
- GONZ. Le tiene usted prevención,  
aunque lo niegue su esposo,  
à este proyecto grandioso  
de nuestra diputación.

Pues en seis años ó siete  
recorre todo el registro: (Señalando á Gabriel.)  
de diputado á ministro,  
y á jefe de Gabinete.

Que un hombre de su valer,  
que en sacro fuego se abrasa,  
no ha de quedarse en su casa  
al lado de su mujer,  
como cualquier sér vulgar,  
enredado en unos flecos,  
jugando con los muñecos,  
y echando leña al hogar.

GAB. Así se explica, Gonzalo,  
esa reciente manía,  
que te ha tomado María.

GONZ. ¿Piensa de mí mucho malo?

MARIA. Quién sabe, puede que sí.

GONZ. Acaso porque le privo... (Señalando á Gabriel.)

MARIA. Porque siempre halla motivo  
para alejarle de mí.

GONZ. ¡Señora, por caridad!...  
¡Es por su bien!

MARIA. Ya lo entiendo.

GONZ. ¡Por su fama!

MARIA. Lo comprendo.

No dudo de su amistad.

(En todo esto ella siempre fría é irónica: Gabriel  
observándolos con fijeza.)

GAB. Y fueras injusta á fe:

¿á quién se lo debo todo?

GONZ. Si prosiguen de ese modo  
me marchó.

MARIA. Pero, ¿por qué?

Es usted el ángel bueno  
de esta casa. Si algo malo  
dijese á alguien de Gonzalo,  
bien pronto pusiera freno  
mi Gabriel al atrevido  
de buena ó mala manera.  
Él será lo que usted quiera;  
¡pero desagradecido!...

- (Dice esto, más aún con amargura que con ironía y ríe al fin con risa triste y forzada.)
- GONZ. ¿Quiere acabar por merced?
- MARIA. ¡Acabar!... Pues de eso trato.
- GONZ. ¿No es ingrato? (Señalando á Gabriel.)
- MARIA. ¡No es ingrato!
- GONZ. (Con pasión mal contenida.)  
Pues en cambio, *lo es usted.*
- MARIA. No adivino la razón.
- GONZ. Pues voy á decirla.
- MARIA. ¿Sí?
- GONZ. Porque duda usted de mí... (Como antes.)  
y de mi buena intención. (Conteniéndose.)
- GAB. ¡Uno finge y otra finge,  
y ya el misterio es un ogro!  
Vamos á ver si yo logro  
hacer hablar á la esfinge.  
Á la vez seré testigo,  
juez, relator y fiscal  
de este p'eito, y por igual  
entre mi esposa y mi amigo.  
Que una sorda hostilidad  
ha nacido de repente  
entre vosotros... se siente,  
se adivina. ¿No es verdad?
- MARIA. Yo lo niego.
- GONZ. Yo lo afirmo.
- MARIA. ¿Hay razón?
- GONZ. Pues sin razón.
- GAB. Yo testigo de excepción  
lo aseguro y lo confirmo.  
Antes, afecto sincero,  
casi, casi, simpatía  
entre vosotros había.
- MARIA. Basta. (Con disgusto.)
- GAB. No basta: yo quiero,  
pues hago veces de juez,  
llegar hasta la evidencia,  
y buscar de la conciencia  
los reflejos en la tez.  
(Dice esto en tono de broma, pero se nota cierta

intención profunda, y mira fijamente á su mujer.)

Digo que hoy tienes inquina  
si antes tuviste cariño;  
y de hechos patentes ciño  
mi jurídica doctrina.

Este, ¿qué quiere? Mi bien.  
¿Qué le preocupa? Mi fama.  
¿Qué es lo que trama? Pues trama  
hacer mi vida un edén.

(A Gonzalo, y en cada palabra se siente palpar  
la ironía.)

Pues santa intención te guía,  
ya mi gratitud te absuelve.  
Y ahora el tribunal se vuelve  
á mi querida María.

¿Quién, con muy raro intervalo,  
toda mi existencia absorbe?

El que es asombro del orbe  
por su actividad: Gonzalo.

¿Quién me ocupa? ¿quién me manda?

¿Quién ni respirar me deja?

¿Quién de tu lado me aleja  
con mil pretextos? Aranda.

Luego está puesto en razón,  
pues es mi vida tu vida,  
que verdadera ó fingida  
le demuestrés aversión.

(Acercándose á María y cogiéndola cariñosamente  
por la mano, pero hablando con Gonzalo.)

Si aquí donde tú la ves,  
grave, formal y casada,  
es una niña mimada  
de la cabeza á los piés.

*No tiene confianza en sí,*  
ni en su valor, ni en su aureola:  
*tiene miedo si está sola*  
y busca su apoyo en mí.

No, María, ni un instante  
mi vigilancia suprimo:  
¡no temas!

GONZ.      (Aparte con enfado.) (¡Basta de mimo!)

---

- MARIA. (Separándose de él con enojo.)  
Gabriel, que hay gente delante.  
(Pequeña pausa. María triste, Gabriel observándola.)
- GONZ. Me complace tu alegría. (A Gabriel.)  
¿Conque me absuelves?
- GAB. Es claro.
- GONZ. Pues ya no tengo reparo  
en dirigirme á María.  
¿Y usted me guarda rencor,  
ó al fin firmamos las paces?  
(Le tiende la mano, pero ella hace como si no lo viese.)
- GAB. Vamos, querida, ¿qué haces?  
Te da la mano.
- MARIA. (Volviéndose y dándole la mano friamente.)  
En rigor,  
¿para qué firmar la paz?  
No hubo guerra ni desvío.  
(Ap.) (En el alma siento frío,  
y siento fuego en la faz.)
- GONZ. Como parte del tratado,  
algo que lo solemnice;  
aquella súplica que hice...
- GAB. Pues tú nada me has contado:  
¿también secretos, María?
- MARIA. No recuerdo.
- GONZ. Yo quisiera  
que con nosotros viniera...
- GAB. ¿A dónde?
- GONZ. A la cacería.  
Dos semanas de placer...  
de excursiones...
- GAB. ¡Qué famosa  
idea!... ¿Pero mi esposa?... (A Gonzalo.)
- GONZ. Nada: no quiere acceder.
- GAB. Vamos, María...
- MARIA. Que aquí  
lo dejemos les suplico.
- GONZ. Me someto, no replico.  
(Saludando cortesmente.)



- (Tú trabajarás por mí.) (A Gabriel aparte.)  
**GAB.** Convenido y aceptado.  
**GONZ.** Pues ya, ¡voto á Belcebú!  
 (Lo mismo y con cierto sarcasmo.)  
 nada temo si eres tú  
 mi aliado.
- GAB.** ¡Tu aliado!  
**GONZ.** Adiós... (A María.)  
**GAB.** Adiós.  
**GONZ.** Á más ver.  
**GAB.** (Ap.) (¿Es traidora ó es cobarde?)  
**GONZ.** (Aparte y deteniéndose un instante para mirar á  
 María.)  
 ¿La languidez de la tarde  
 cuando está para caer?

## ESCENA II

### GABRIEL y MARÍA

- GAB.** Ahora, y en tono formal,  
 quisiera que me explicases  
 de vuestra amistad las fases  
 y su cambio radical.
- MARIA.** ¿Tú supones?  
**GAB.** También él.  
**MARIA.** Estáis soñando.  
**GAB.** No es sueño.  
 (Acercándose á ella con cariño y emoción.)  
 ¿No soy tu dueño?
- MARIA.** ¡Mi dueño! (Con pasión.)  
 y tienes razón, Gabriel.  
 Quisiera que poco á poco  
 te fueras de él retirando.
- GAB.** ¡Ah!... ¿de manera... que cuando...  
 yo pensé... no estaba loco?  
 ¿Será grave la razón?
- MARIA.** Su amistad no te conviene.  
**GAB.** ¿Por qué causa?  
**MARIA.** ¡Porque tiene

- tan triste reputación!  
¡Fama tal!... ¿Te causo pena?
- GAB. ¿Mala fama?... Pues no sé...
- MARIA. Pregunta más bien en qué  
Gonzalo la tiene buena.
- GAB. Yo le juzgué corregido.  
Puso freno á sus deseos:  
cesaron sus galanteos:  
ni un escándalo ha surgido  
de diez meses á esta fecha,  
en boudoir ó en gabinete,  
y gustoso se somete  
á la moral más estrecha.
- MARIA. No es eso.
- GAB. Pues yo creí...
- MARIA. No te hablo de sus amores:  
buenos, malos ó pecres,  
no me interesan á mí.  
Que él entretenga sus ocios  
como quiera... allá, muy lejos.  
Yo hablaba de sus manejos,  
es decir, de sus negocios.  
De ese mundo en que tu honor  
se puede al fin empañar.
- GAB. No temas, lo sé cuidar  
tan bien como tú: mejor. (Con dureza.)  
(Dulcificando el tono.)  
Mejor, porque al fin mi esposa,  
¿cómo entender lograría?...  
Al principio yo creía  
que me hablabas de otra cosa.
- MARIA. Yo no comprendo en verdad  
vuestros asuntos; mas sé  
que en el honor, que en la fe,  
que en todo, la voluntad  
al deber y á la razón  
el camino facilita,  
cuando peligros evita  
evitando la ocasión.
- GAB. ¡No demuestras, á fe mía,  
muchoa confianza en el alma!...

(Con cierta violencia.)  
 Ya hablaremos con más calma  
 (Conteniéndose, pero con tono glacial.)  
 de tus temores, María.

MARIA. ¡Perdón, Gabriel! (Con dulzura.)

GAB. No te riño:  
 quise tan sólo explicar  
 que yo no puedo olvidar  
 lo que debo á su cariño;  
 que en mi vida y en mi trato  
 sin un agravio patente,  
 sin una causa evidente,  
 yo nunca me muestro ingrato.

(Se sienta junto al velador, y coge un libro con distracción. Pausa. María se dirige á la derecha.)  
 ¿Me dejas?

MARIA. (Deteniéndose cerca de la puerta.)

Voy á escribir  
 á tu padre. He recibido  
 carta suya. Le he pedido  
 consejo para asistir  
 ó no asistir, según sea,  
 á vuestra gran cacería  
 como Gonzalo quería.

GAB. ¿Y mi padre?...

MARIA. Aunque desea  
 verme... me niega el permiso.

GAB. Pues tiranía es á fe.

MARIA. Digo negarlo, porque  
 á eso equivale este aviso:  
 que está la atmósfera helada  
 y hecho un barrizal el suelo,  
 y muy tormentoso el cielo,  
 y la sierra muy nevada.  
 Y yo, mas que no le cuadre  
 á tu amigo... de la infancia,  
 doy una gran importancia  
 al consejo de tu padre. (Sale.)

## ESCENA III

GABRIEL

¡Un año con esta lucha  
sorda, constante y eterna!  
De Gonzalo ya no dudo:  
aunque me faltan las pruebas.  
Pero María, María,  
¿qué es lo que pasa por ella?  
¡Ni adivino si me adora,  
ni entiendo si me desprecia!  
¿Huye por odio de Aranda,  
ó de sí misma recela,  
y como dijo hace poco,  
obedece á la prudencia,  
que al evitar ocasiones  
graves peligros aleja?  
*El peligro, la ocasión;*  
excusas torpes y necias  
de quien estima en muy poco  
de su alma la fortaleza.  
Bien dice Miguel Cervantes  
en su célebre novela:  
mujer que nadie pretende,  
¿qué mucho que á nadie ceda?  
si nadie la quiere mala,  
por recurso será buena.  
De la virtud los quilates,  
y los del oro se prueban  
en el fuego, que es la lucha:  
tal resiste, pues tal pesa.

(Pausa. Se queda contemplando la chimenea.)

Por los siglos de los siglos  
se quedara allá en su veta,  
negro, inerte, silencioso  
y con alardes de piedra,  
ese carbón, que ahora brilla  
en la roja chimenea,

si con industria y constancia  
 el hombre no lo extrajera  
 de la subterránea cárcel,  
 que allá en profundas tinieblas  
 fué, con muros de granito,  
 de su virtud fortaleza;  
 si no lo arrojasen luégo  
 á donde halagos que queman,  
 llamas que alegres asaltan,  
 vientos que impetuosos llegan,  
 no venciesen sus desdenes,  
 no humillasen su soberbia,  
 y el negro manto rasgando  
 rojas ascuas descubrieran.  
 Que así el corazón á veces  
 bajo negro manto lleva,  
 incendios, ascuas y llamas  
 como ese carbón de piedra:  
 y de honrada no blasone  
 la que en el fuego se quema.

## ESCENA IV

GABRIEL; DON JÁIME, que entra por el fondo.

- JAIME. (Ap.) (Siempre engolfado en sus libros.)  
 Gabriel...
- GAB. (Volviéndose y reconociendo á don Jáime.)  
 ¡Padre!... ¡quién creyera!...  
 (Corriendo á él y abrazándose los dos.)  
 ¡Ya es tiempo!... ¡casi seis meses!
- JAIME. Acostumbrado á mi aldea,  
 para venir á la corte  
 siento invencible pereza.  
 ¿La salud va bien?
- GAB. Muy bien.
- JAIME. ¿Y María siempre buena?
- GAB. Siempre.
- JAIME. ¿Y su madre?
- GAB. Su madre...

- sin novedad.
- JAIME. Ven más cerca.  
¿Has estado enfermo?
- GAB. No.
- JAIME. (Observándole: Gabriel procura rehuir la mirada de su padre.)  
Esa palidéz intensa  
de tu rostro, de tu frente  
y de tus mejillas secas:  
esos círculos morados  
que dan á las dos esferas  
de tus ojos como aureolas  
de sangre: la lumbre negra  
que con oscuros reflejos  
en sus centros reverbera,  
todo me anuncia, Gabriel,  
y el cariño nunca yerra,  
ó un cuerpo que sufre mucho,  
ó un alma que mucho pena.
- GAB. ¡Por Dios, padre; tú has leído  
algún trágico poema,  
y en mí ves el personaje  
siniestro que en él campea!
- JAIME. Te digo que tienes algo.
- GAB. Gusto de verte.
- JAIME. No es esa.
- GAB. Pues no hay más.
- JAIME. Que sí, Gabriel.  
Yo conozco tu dolencia.
- GAB. (Alarmado. Da unos pasos y mira con atención á su padre.)  
¿Que tú conoces?...
- JAIME. Há tiempo  
que recelo...
- GAB. Dí: ¿qué piensas?  
¿qué ves en mí? ¿qué presumes?  
¿qué imaginas? ¿qué sospechas?
- JAIME. No te alarmes: no es asunto  
para alborotar la iglesia,  
y hacer que toquen á vuelo  
porque la casa se quema.

Es mucho menos.

GAB. ¡Concluye!

JAIME Ya concluyo si me dejas.

Que eres ambicioso.

GAB. (Tranquilizándose.) Ya.

JAIME. Que por áspera ladera  
que sube á gloriosas cimas  
va trepando tu soberbia.

Que trabajas demasiado:  
que no paras: que no cesas.

Ahí tienes lo que presumo  
y cuáles son mis sospechas.

GAB. ¿Y nada más?

JAIME. Nada más.

GAB. (Con cierta oculta ironía.)

Es verdad: en eso aciertas.

No descanso, que la vida  
mucho vale y mucho cuesta.

JAIME. (Como dudando.) Conformes. Y bien: por eso  
dejé esta tarde mi aldea.

(Gabriel le mira con curiosidad.)

GAB. No te comprendo.

JAIME. Pues oye.

De mi expedición te acuerdas  
á Londres... cuando el empréstito...

GAB. (Con tono sombrío, inclina la cabeza.)

Sí, padre: la triste fecha.

JAIME. No hablemos de lo pasado:  
pasó.

GAB. Pasó: nada queda.

JAIME. Pues desde entonces conservo  
amistad firme y estrecha  
con dos banqueros ingleses.  
Su casa es una potencia  
en la alta *finance*: sus nombres  
tasados con gran reserva...

GAB. Pues no adivino...

JAIME. Un instante.

Tienen una línea férrea,  
mejor diría una red,  
en Italia. Es cosa seria:

- gente formal.
- GAB. Pero acaba.
- JAIME. (Todo esto con acento insinuante y cariñoso; Gabriel receloso y ceñudo.)  
En suma, para su empresa  
te necesitan, te buscan;  
cinco mil duros: promesa  
de una parte en las ganancias:  
posición, independencia...
- GAB. Y dónde...
- JAIME. (Mirándole fijamente.) Pues vivirás...  
y esto es mejor, ¡en Florencia!
- GAB. (Ap.) (Quiere echarme de Madrid,  
luego también él sospecha.)  
(En voz alta.) ¡Imposible, padre; no.  
Al menos hasta que vea  
si las cosas que discurro  
son realidades ó nieblas.  
Si el fantasma que persigo  
se convierte en evidencia.  
Si hay al fin de cada dicha  
un desengaño que espera.  
Ó si existe algún camino  
desde la cuna á la huesa,  
que evite los lodazales  
y las charcas de la tierra.  
En fin, saber la verdad,  
buena ó mala, como sea:  
si es buena, para gozarla;  
¡si es mala!.. (Con acento terrible.)  
(Conteniéndose.) Para saberla.
- JAIME. Gabriel, ¿qué quieres decir?  
¿qué extrañas frases son esas?
- GAB. La cosa más natural.  
¿No hablaste de mi soberbia?  
¿de mi ambición? ¿de mi empeño  
en escalar eminencias?  
Pues bien claro está el sentido  
de mis frases, que caldean  
el deseo y la ambición,  
la lucha y la resistencia.



¿No persigue el ambicioso  
fantasmas que de él se alejan?  
¿no sufre mil desengaños?  
¿mil dudas no le atormentan?  
¿no se mete en lodazales?  
¿y no busca la evidencia  
de sus ensueños de gloria,  
de poder y de grandeza?  
Pues ahí tienes por qué digo  
que aquí en Madrid me encadena  
una duda... que es la duda...  
claro está, de mi existencia:  
y que he de aclararla, padre,  
buena ó mala ó como sea:  
si es buena, para gozarla;  
si es mala, para saberla.

(Pausa. Se miran ambos recelosos y contrariados.)

JAIME. ¿Eres dichoso?

GAB. ¡Dichoso!

Tanto, que ya me enajena  
la dicha, y el porvenir  
todo de azul se presenta.

JAIME. ¿Amas á Maria?

GAB. ¡Padre!...

JAIME. ¿Lo mismo que antes? No mengua...

GAB. ¿Menguar? ¡Crecer sin medida!  
Hoy volcán, si ayer hoguera:  
hoy delirio, si ayer calma:  
y es natural que así sea. (Pausa.)

Antes de hacerla mi esposa  
era un ángel, que en la esfera  
flotaba lejos del mundo  
y lejos de sus miserias.  
La adoraba como á un sér  
de pura y divina esencia,  
y perderla no temía,  
que asaltos de la materia  
no llegaban al espacio  
en que sus alas etéreas  
dejaban sobre lo azul  
de blancura dos estelas.

Era amor y no eran celos:  
era calma y no demencia:  
era dicha y no tortura:  
era el cielo, no la tierra.  
Pero vino del altar,  
fueron mis brazos cadena  
del ángel: plegó sus alas:  
fué esposa sumisa y tierna:  
y acaso la adoré menos  
que la adoración aleja;  
pero ganó la pasión  
lo que el respeto perdiera:  
fué de sol rojizo rayo,  
lo que antes fulgor de estrella.  
Y hoy la idolatro de modo,  
y con pasión tan intensa,  
que en mi amor... acaso hay celos;  
no es calma, porque es demencia;  
es dicha, pero es tortura;  
es cielo, pero en la tierra.

**JAIME.** Pues tanto la quieres, ¿quieres  
su dicha?

**GAB.** Sí.

**JAIME.** (Sacando un papel.) Pues acepta.

**GAB.** (Aparte y como si estuviese meditando.)  
(Y ya mis dudas serán  
imposibles... ¡pero eternas!  
Porque siempre pensaré:  
de proseguir mi experiencia,  
quizá su virtud flaquease;  
(Refiriéndose á María.)  
y estas dichas que me restan,  
son limosnas de la suerte,  
migajas de la miseria,  
compasiones del azar,  
honras que contemplo enteras,  
porque la distancia es grande  
entre Madrid y Florencia;  
que á ser menor la distancia,  
menores las dichas fueran;  
menos cabales las honras,

las dudas, tristes certezas;  
y así vengo á ser un hombre,  
si tal nombre no es vergüenza,  
feliz por casualidad  
y honrado por coincidencia.)  
(En voz alta.) ¡No, padre: no acepto nada!

JAIME.

¡Por María!

GAB.

¡Ni por ella!

JAIME.

(Queriendo darle el pliego.)

Toma; lee; juzga; medita.

GAB.

Es inútil, padre.

JAIME.

Prueba.

GAB.

(Ap.) (Pruebas busco; pero aquí.)

JAIME.

¡Insensato!

GAB.

¡Magdalena!

## ESCENA V

GABRIEL, DON JAIME y MAGDALENA, por la derecha,  
segundo término.

JAIME.

Señora... (Saliéndole al encuentro.)

MAGD.

¡Don Jáime!... (Dándole la mano.)

Gente

me pareció que llegaba;  
pero en verdad ignoraba...

JAIME.

Yo soy así. De repente  
en mis asuntos resuelvo:  
llego sin preparación,  
¡porque sí! y á mi rincón  
de igual manera me vuelvo.

MAGD.

Que disputaban pensé...

JAIME.

Nada falso nos imputa. (Sonriendo.)

MAGD.

¿De modo que era disputa?

JAIME.

Y grave.

MAGD.

Pues acerté.

Y en tal caso... (Disponiéndose para salir.)

JAIME.

No: lo exijo. (Deteniéndola.)

Nuestro litigio examine:  
medite bien: determine

- en razón: que sé de fijo,  
que al menos por esta vez,  
no existe en la capital  
ni más recto tribunal,  
ni más apropiado juez.
- MAGD. Dispense usted... bien quería...  
pero no tengo derecho...  
(Insistiendo en irse.)
- JAIME. Se trata, y este es el hecho,  
de la dicha de María.
- MAGD. ¡De María!... (Deteniéndose.)
- JAIME. Conque ahora  
resuelva usted en conciencia,  
si tiene ó no competencia  
para decidir, señora.
- MAGD. No adivino...
- JAIME. (Refiriéndose á Gabriel.) Le propongo  
algo que puede influir,  
y mucho, en su porvenir.  
En tal camino le pongo,  
que al compás de su ambición  
á todo por él se llega.
- MAGD. Y sin embargo...
- JAIME. Se niega.
- MAGD. ¿Por qué razón?
- JAIME. Sin razón.
- MAGD. Me interesa el caso ya,  
aunque no comprendo el caso.  
(Don Jáime le entrega la carta que antes sacó y  
que se negó á leer su hijo.)  
¿En este papel acaso?...
- JAIME. Ese papel lo dirá.
- MAGD. (Con verdadera alegría leyendo rápidamente.)  
¡Ah, don Jáime, qué feliz  
pensamiento tuvo usted!
- JAIME. ¡De modo, que no hay merced: (A Gabriel.)  
has de inclinar tu cerviz!
- MAGD. Has de vencer tu desvío. (Con cariño.)
- JAIME. ¡Has de pensar que estás ciego!
- MAGD. Has de atender á mi ruego  
por esta vez, hijo mio.

JAIME. Y tu condición bravia  
ha de bajar su nivel  
ante el padre de Gabriel  
y la madre de María.

(Asediándole los dos con afán, con insistencia, y al mismo tiempo con dulzura. Él les escucha hosco y contrariado.)

GAB. Á ser posible, quisiera  
complacerles.

JAIME. Pues insisto.

GAB. Y yo, padre, si resisto,  
es que invencible barrera,  
y no necia veleidad,  
de que nunca he sido reo,  
al enfrenar mi deseo,  
detiene mi voluntad.  
Hay compromisos sagrados  
que subsisten todavía:  
no se prescinde en un día  
de tres años consagrados  
á una noble profesión,  
que tiene su porvenir;  
al menos el de cumplir  
una altísima misión.

JAIME. ¿El periódico?

GAB. *El Derecho*  
es un diario de importancia,  
y he de decir sin jactancia,  
porque se trata de un hecho,  
que no hay persona ninguna  
que niegue, que su adelanto  
se debe á mi celo, tanto  
como á su buena fortuna.

JAIME. Pero su dueño...

GAB. Es mi amigo:  
otra razón en mi abono.  
¿Qué dirá si le abandono,  
y sin causa me desligo  
de mis promesas? Gonzalo...

JAIME. (Con enojo.) Á él debes tu posición.

GAB. Á él la debo: no hay cuestión.

- ¿Pero en esto qué hay de malo?
- JAIME.** (Movimiento de repugnación en don Jaime y Magdalena.)  
Este horizonte es mezquino:  
el que te ofrezco anchuroso.
- MAGD.** Y más calma y más reposo,  
lejos de este torbellino.
- JAIME.** Ver Italia...
- GAB.** ¿Para qué?  
De paso, pero la ví.  
En su tierra no nací:  
bajo su cielo no amé:  
jamás recogió mi llanto,  
ni compartió mi alegría:  
prefiero la patria mía.  
¡Se quiere á la patria tanto!  
Su luz fué luz de mis ojos:  
trocó en hombre al que era niño:  
¿qué tierra con más cariño  
recibirá mis despojos?
- MAGD.** Te debes á tu familia,  
y debes hacer fortuna.  
Perdona...
- GAB.** No: que oportuna  
es por demás esta homilia.  
Mas también la cierro el paso.  
Una sociedad potente  
se ha formado, y el gerente  
voy á ser, ¿lo ignora acaso?  
(En el fondo, como en toda la escena, está palpitan-  
do la ironía. El actor interpretará con su ta-  
lento estos difíciles matices.)
- MAGD.** (Sin poder contenerse.)  
¡Lo sabe todo Madrid!  
y que es Gonzalo de Aranda  
el que dispone, el que manda...
- GAB.** Luego he vencido en la lid.  
Si hallé la felicidad  
en mi patrio y noble suelo,  
¿no es casi tentar al cielo  
y á su divina bondad,



- con más ansias y porfías,  
y apetitos más profundos,  
marcharme por esos mundos  
buscando más alegrías?
- MAGD. Más alegrías, no sé: (Sin poder contenerse.)  
más estimación de fijo.
- GAB. ¡Cómo!... ¡padre!... ¿qué me dijo?
- JAIME. Lo que yo repetiré.  
Que la terca protección  
de ese hombre á quien debes todo,  
la interpreta de mal modo...
- GAB. ¿Quién?
- JAIME. La pública opinión. (Pausa.)
- GAB. (Con impaciencia y furor reconcentrado.)  
¿Por qué?... ¿Van á concluir?
- MAG. Pienso que no es menester.  
(Ap.) (Si él quiere, puede entender  
lo que queremos decir.)
- JAIME. Que ese Aranda, aventurero  
de la Bolsa... que tu amigo,  
pasó pronto de mendigo  
al rango de caballero.  
Y que amigos sin honor  
que viven de honras ajenas...
- GAB. En la sangre de sus venas  
tienen siempre fiador.  
Y que quien sabe apretar  
una espada con su mano,  
tiene siempre modo llano  
¡vive Cristo! de cobrar.  
¡Y que quien sabe vivir  
libre de infamia y afrenta,  
si la ocasión se presenta,  
sabr  por su honra morir!  
¡Y que aunque la envidia ladre,  
yo s  siempre á dónde voy!  
y me tengo por quien soy,  
¡por el hijo de mi padre!
- (Magdalena y don Jaime le observan con atención  
y casi con placer. Conteniéndose y haciendo una  
transición:)

- Hablé en tesis general,  
que yo nunca dudaría  
de Gonzalo.
- JAIME. Pues María...  
duda también.
- GAB. Hace mal.
- JAIME. Por ella...
- GAB. ¿Qué?
- JAIME. Te he buscado,  
el puesto que te he ofrecido.
- GAB. ¿Ella misma?...
- JAIME. Lo ha pedido.
- GAB. ¿La razón?
- MAGD. La ha reservado.
- JAIME. ¿Y ahora, qué dices?
- GAB. Lo dicho.
- JAIME. ¿Sigues pensando?...
- GAB. Como antes.
- En asuntos importantes,  
¿qué peso tiene un capricho?
- JAIME. Deja que loco te llame.
- GAB. Pues el nombre prevalezca.
- MAGD. (Ap.) (Ojalá que no merezca  
otro nombre más infame.)  
María llega. (Alto.)
- GAB. (Á su padre.) Pues ven  
á tu cuarto... evitaremos...
- MAGD. Gabriel...
- GAB. Más tarde hablaremos.
- MAGD. ¿Y cederás?
- GAB. ¡Nunca!
- JAIME. ¿Quién  
te dió ese carácter?
- GAB. ¡Padre,  
el amor á la evidencial!  
(Ap.) (¡Ó la duda... ó la demencia:  
(Señalando hacia el sitio por donde llega María.)  
ó el ser hija de su madre!)  
(Salen don Jaime y Gabriel por la izquierda, se-  
gundo término.)



## ESCENA VI

MAGDALENA; MARÍA, por la derecha.

MARIA. ¿Es Gabriel, madre?... ¿Qué dice?  
¿Vino don Jáime?

MAGD. Ya vino.

MARIA. ¿Y trajo?...  
(Magdalena hace señal de asentimiento.)  
¡Cielo divino!

¿será que al fin se realice  
mi esperanza? ¡Cómo no!

¿Y lo sabe ya Gabriel?

MAGD. Lo sabe, sí; pero él...

MARIA. ¡Acabal...

MAGD. Que no aceptó.

MARIA. (Sorpresa y dolor: luego se rehace.)  
Porque ignora que es preciso,  
pero aunque me cause enojos  
la verdad ante sus ojos  
pondré yo, pues él lo quiso.  
Y como es hombre de honor,  
si encuentra cerrado el paso,  
hará por él, lo que acaso...  
ya no hiciera por mi amor. (Con tristeza.)

MAGD. ¡Ni por aquél, ni por éste:  
mientras Gonzalo le aporte  
beneficios!... ¡En la corte,  
cuéstele lo que le cueste!

MARIA. ¡No es posible, madre amada!  
¡No es posible!...  
(Como dudando.) Porque mira...  
¡ese hombre traidor!... ¡suspira...  
por mi deshonra!

(Al oído de su madre, en voz baja, con temor de  
que la oigan: después oculta el rostro en el seno  
de su madre.)

MAGD. Comprada,  
con los dones que á montón  
derrama sobre tu esposo

- siempre en alarde ostentoso,  
siempre en infame pregón.
- MARIA. ¿Luego el secreto profundo  
de mi dolor?...
- MAGD. Lo sabía.
- MARIA. ¿Cómo pudiste?...
- MAGD. Hija mía,  
¡si lo sabe todo el mundo!  
Y mira, tal situación  
es preciso que concluya:  
por tu fama, por la suya.
- MARIA. Sí, madre, tienes razón.  
Es forzoso... yo lo exijo:  
la verdad hay que decirle:  
prevenirle...
- MAGD. (Con profunda ironía.) ¿Prevenirle?  
¿y de qué?... ¡Ya se le dijo!
- MARIA. ¿Pero todo?
- MAGD. ¡Todo!
- MARIA. (Vacila: su madre la sostiene.) ¡Madre!
- MAGD. ¿Qué tienes?
- MARIA. Estoy serena.  
¿Que la opinión le condena  
le has dicho?
- MAGD. Y también su padre.
- MARIA. ¿Y él?... ¡que no!... no puede ser.  
No os comprendió, madre mía.
- MAGD. Si no comprendió, sería  
que no quiso comprender.
- MARIA. Es necesario insistir.
- MAGD. Insistimos y no cede.
- MARIA. ¿Por qué?
- MAGD. Dice que no puede;  
que aquí está su porvenir.  
María... ¿qué tienes? (Con solicitud.)
- MARIA. (Con distracción y tristeza; pero con dulzura.)  
Nada.
- MAGD. ¡Pues no llores!
- MARIA. (Con forzada sonrisa.) Si no lloro.
- MAGD. (Acariciándola.) ¡No sabes cuánto te adoro!
- MARIA. (Algo distraída.)

- Y yo también, madre amada.
- MAGD.** ¿Pues qué piensas?... ¿qué meditas?  
¡Responde!
- MARIA.** ¡Si no lo sé!
- MAGD.** ¿No lo sabes?
- MARIA.** Lloraré  
contigo á solas mis cuitas.  
(Se observa que dice esto por decir algo; pero que  
piensa en otra cosa distinta de lo que dice.)
- MAGD.** ¿Y nada más?
- MARIA.** ¿Qué me queda?
- MAGD.** ¿Te resignas?
- MARIA.** Es preciso.  
Mi carácter es sumiso.  
¿Qué, te sorprende que ceda?  
Pues no te creo.
- MAGD.** Haces mal.
- MARIA.** Hay en tu frente, hija mía,  
la sombra pálida y fría  
de un pensamiento fatal.  
Gabriel...
- MARIA.** ¡No, por compasión,  
no me hables, no me hables de él!
- MAGD.** ¿No le quieres?
- MARIA.** ¿Á Gabriel?  
¡Con todo mi corazón!  
¿Olvidarle yo?... ¡Jamás!  
¡Aquí está su amor enteró!  
cuanto más dudo... ¡más quiero!  
cuanto menos él... ¡yo más!  
No, madre, nos engañamos:  
hay algo que no sabemos:  
es mentira lo que vemos:  
¡mentira lo que pensamos!  
Sin ir más lejos, ayer,  
él y yo en mi gabinete,  
pensaba yo, quien sujete  
tu sér, y en él pueda ver  
sin velos todo su afán,  
¿verá gozos ó dolores,  
del ángel los resplandores

ó las llamas de Satán?

(Pequeña pausa: se acerca á su madre como buscando confianza y consuelo.)

La estancia triste y sombría:

yo apoyada en el balcón:

él lejos de su María:

y la luna blanca y fría

en la azulada extensión.

Llegó al gabinete obscuro

un rayo al fin de su luz:

cruzó el suelo: subió al muro,

y siempre diáfano y puro

se detuvo en una cruz.

Gabriel en la sombra estaba:

yo en el plateado fulgor:

y no sé por qué pensaba,

sin verle, que me miraba

desde lejos con amor.

Y aun pensé con embeleso

que en voz muy baja me nombra:

y en una ráfaga impreso,

llegué á fingirme en la sombra

como el chasquido de un beso.

Así pasamos un rato:

suenan un reloj: ya es la una:

yo triste: triste el ingrato:

y por el muro la luna

viene á dar en tu retrato.

De modo que yo sentía,

madre del alma, en un haz

de luz muy blanca y muy fría,

el rostro de tu María,

y tu hermosa y triste faz.

De pronto... avanza Gabriel:

me mira: me besa ufano:

y entre amoroso y cruel,  
aprieta mi pobre mano  
hasta ensangrentar su piel.

Y al verle de esta manera,  
y al contemplar su semblante,  
me juzgaba prisionera,  
en los brazos de un amante,  
y en las garras de una fiera.

Él se vuelve á su rincón:  
y yo, madre, sin hablar  
y oprimido el corazón,  
me eché en silencio á llorar  
en el hueco del balcón.

MAGD. Es Gabriel...

MARIA. Déjame á mí.

MAGD. ¿Vas á probar?...

MARIA. A mi modo.

¡Juego el todo por el todo!

MAGD. Calma, por Dios...

MARIA. Calma: sí.

MAGD. ¿Y le hablarás?

MARIA. ¡De su honor!...

¡de Gonzalo!...

MAGD. ¿De Gonzalo?

MARIA. Sí, madre; que lo más malo  
fuera acaso lo mejor.

MAGD. (Al retirarse, y ya cerca de la puerta, se detiene  
asaltada por una duda.)

Pero si llega á entender  
sus vilezas, hija mía,  
y le provoca...

MARIA. ¡Sería  
gran desdicha!... y gran placer!  
(Sale Magdalena por la derecha )

## ESCENA VII

MARÍA y GABRIEL; éste por la izquierda.

- MARIA. (Es él.) (Aparte.)  
 GAB. (Aparte.) (Es ella.)  
 MARIA. (Aparte.) (¡Ay de mí!)  
 GAB. María...  
 MARIA. Gabriel querido...  
 ¿conque tu padre ha venido?  
 (Toda esta escena se enciende al talento de los actores.)  
 ¿Estarás contento?  
 (Acercándose á él cariciosa y al parecer alegre.)  
 GAB. Sí:  
 y muy de veras.  
 MARIA. Es claro.  
 GAB. ¡Há tanto que no le veo!  
 ¿Y tú también?  
 MARIA. ¡Ya lo creo!  
 Sin rebozo lo declaro,  
 porque ¿quién no yerra? ¡quién!...  
 (Gabriel se aleja de ella y se sienta en el sofá.)  
 ¿No atiendes lo que te digo?  
 GAB. Antes... aquí... tú, conmigo. (Llamándola.)  
 MARIA. Pues oye... (Sentándose.)  
 GAB. Más cerca; ven.  
 Así es mejor: ya te escucho.  
 MARIA. Al pronto... lo diré quedo:  
 vamos... que me daba miedo;  
 pero ahora le quiero mucho.  
 Y la razón bien se infiere.  
 GAB. Porque es mi padre. (Sonriendo.)  
 MARIA. Eso más;  
 pero además...  
 GAB. ¿Además?  
 MARIA. Por lo mucho que te quiere.  
 GAB. ¡Eres muy buena!

- MARIA. ¿Yo? sí:  
¡vaya una bondad!
- GAB. María,  
¿por qué quisiste ser mía?  
¡yo no soy digno de tí!
- MARIA. ¡Eso no!
- GAB. ¿Por qué razón?
- MARIA. ¡Porque eso es malo y cruel!
- GAB. ¡Eres un ángel...
- MARIA. ¡Gabriell!
- GAB. Que vino de otra región  
á este pobre y triste suelo  
por misteriosas escalas.
- MARIA. (Con mimo, malicia y tristeza.)  
Los ángeles tienen alas  
y van volandito al cielo.
- GAB. Si las pierden al bajar  
les faltan para subir.
- MARIA. (Con tristeza, casi con lágrimas.)  
¡Es que brotan al morir!...
- GAB. ¡Mas no te quiero dejar! (Abrazándose á él.)  
Lo diré aunque no te cuadre: (Conmovido.)  
¡eres un ángel!
- MARIA. (Con caprichosa malicia ) Volvamos  
al sitio en que nos quedamos;  
yo quiero hablar de tu padre.
- GAB. Te llevaba de vencida;  
pero hablemos de él si quieres:  
sois él y tú los dos seres  
que más amo yo en la vida.
- MARIA. ¡Su cariño es tan profundo!  
¡y es tan grande su prudencial...  
¡y tiene tanta experiencia  
de las cosas de este mundo!  
(Pequeña pausa: Gabriel comienza á comprender  
el objeto de María y se separa algo de ella.)  
Consejo que llegue á dar  
será siempre por tu bien.
- GAB. (Ap.) ¡Era por eso!... ¡Yal...)
- MARIA. ¿Quién  
te podrá como él amar?

- En cosas tuyas no yerra:  
¡pone un afán! ¡tiene un celo!
- GAB. (Ap) (Para ser ángel del cielo  
no finge mal en la tierra.  
Con su dulce sonreír,  
con su plácido cariño,  
con sus caricias de niño...  
quiso á este punto venir.)
- MARIA. Siempre atiendes...
- GAB. (Su tono ya es otro: ya finge si antes se entregó  
á una verdadera emoción.)  
Es cordura.
- MARIA. Y respetas...
- GAB. Es deber.
- MARIA. Su opinión.
- GAB. Claro.
- MARIA. Ha de ser  
una opinión muy segura.  
¿No es verdad?
- GAB. Casi es verdad.
- MARIA. ¿Dices casi?
- GAB. (La ironía domina ya en Gabriel.) Lo posible:  
¿quién puede ser infalible,  
y sobre todo á su edad?...
- MARIA. (El ansia domina á su pesar á María.)  
¿Pero la opinión que él forme?...
- GAB. Valdrá más que siendo agena.
- MARIA. ¿Y la seguirás? (Con angustia.)
- GAB. Si es buena...
- MARIA. ¿Y bien?
- GAB. Según y conforme.
- MARIA. Basta, Gabriel, de fingir.  
(Con repentino arranque.)
- GAB. Si todo ha sido ficción,  
ya es tiempo, tienes razón,  
de comenzar á decir  
la verdad cual ella sea.
- MARIA. Acepta lo que ese anciano  
te ofrece.
- GAB. (Sombrío.) No está en mi mano.
- MARIA. ¿Cómo quieres que yo crea



- en imposibles que son  
para mi eterno martirio,  
ó frutos de tu delirio,  
ó frutos de tu ambición?
- GAB. No es así como se llama.
- MARIA. (Con ansia y angustia.)  
¡Quiero salir de Madrid!
- GAB. ¿Por qué? (Con afañ y acercándose á ella.)
- MARIA. Porque en esta lid  
está en peligro tu fama.
- GAB. ¿Quién la amenaza?
- MARIA. ¡Un traidor,  
con pretexto de amistad!
- GAB. ¿De qué modo? ¡la verdad!
- MARIA. ¡Con asaltos á mi honor!
- GAB. Si fuese lo que supones,  
¡vive el cielo! que mal lance  
echó el hombre, porque en trance  
de mala muerte le pones.
- MARIA. ¡Eso no! (Espantada.)
- GAB. Pues eso sí.  
Una prueba necesito.  
¿De palabra ó por escrito,  
te ofendió? contesta: ¡díl  
¡De una vez! ¿esos agravios  
que provocan tus enojos,  
lo sospecharon tus ojos  
ó los dijeron sus labios?  
¡Responde! ¡pronto! ¡por Dios!  
¡y él baje á tu pensamiento,  
porque acaso este momento  
va á decidir de los dos!
- MARIA. (Con extrema resolución.)  
¡Me ama Gonzalo!... Lo sé.
- GAB. (Con alegría.) ¡Acaba!... yo te lo exijo.  
¿Lo sabes porque él lo dijo?
- MARIA. (Con temor y como retrocediendo.)  
Porque yo lo adiviné. (Pausa.)
- GAB. ¿Por eso quieres partir?
- MARIA. Es el modo de cortar  
tanto y tanto murmurar.

- GAB. ¡Todo lo vas á decir!  
¡Tienes miedo!...
- MARIA. ¿Qué razón?...
- GAB. ¡De amarle!  
(Con furia y cogiéndola por su brazo.)
- MARIA. ¡Qué villanía!
- GAB. ¡Pues algo temes, María!
- MARIA. ¡Algo temo, tu ambición!
- GAB. (Con sarcasmo.) ¿Pues qué tiene ella que ver  
con esas quejas que exhalas?
- MARIA. ¡Que por no cortar sus alas,  
no me quieres entender!
- GAB. ¡Que yo soy capaz!.. ¡Mentira!
- MARIA. Pues tampoco lo soy yo:  
yo dudé de quien dudó.
- GAB. Quieres obligarme: ¡mira,  
si comprendo tu manera!  
Pero inútil: ya lo ves.  
Ni lo piensas, ni lo crees,  
ni lo imaginas siquiera.  
¡Ahí tienes: tus intenciones  
en un punto he comprendido!  
Nunca mi honor ha servido  
para manto de traiciones.
- MARIA. ¡Sacrifica tu ambición  
al menos á tu honradéz!
- GAB. ¡Escribe sobre tu tez  
lo que está en tu corazón!
- MARIA. ¡Mal te arrastra el egoísmo!
- GAB. ¡Mal te hostiga la conciencia!  
¡Hallaremos la evidencial
- MARIA. ¡En el fondo del abismo!
- GAB. Es Gonzalo... (Mirando por el fondo.)
- MARIA. ¡Arrójale!..  
¡Rompe con él!...
- GAB. No, María.  
Me hace falta todavía (Aparte.)  
para equilar tu fe.

## ESCENA VIII

GABRIEL, MARÍA, GONZALO y LUIS

Luis entra gozoso: Gonzalo se detiene un instante en el fondo con un Criado.

- LUIS. ¡De glorias soy mensajero!  
 GONZ. Á las señoras avise. (Al Criado que pasa.)  
 LUIS. ¡Gran victoria!  
 GONZ. (Entra con un telegrama.) ¡Que yo quise participarte el primerol  
 GAB. ¡Gonzalo! (Con fingida alegría.)  
 GONZ. (Se dan las manos.) ¡Gabriell  
 MARIA. (Aparte.) (Le ha dado la mano.)  
 LUIS. ¡Fausta noticial  
 GONZ. Triunfó, Gabriel, la justicia: ¡erés por fin diputado!  
 GAB. ¿Pero es verdad?  
 GONZ. ¡Si es verdad!  
 ¡Había yo de engañartel  
 GAB. ¡Gonzalo, cómo pagarte tanta prueba de amistad!  
 GONZ. ¡Así el afecto lo quiso: y por tuyo has de tener mi caudal y mi valer, y mi vida, si es preciso!  
 GAB. Y siguiendo en tal manera, y uno y otro en tal porfía, ¡vive Dios! ¡que vendrá un día en que te la pida entera!  
 (Se abrazan fuertemente, María los contempla con repugnancia.)  
 MARIA. Y para que nada empañe esta velada gozosa, la gratitud de la esposa, es natural que acompañe á la común alegría.  
 GONZ. Pues aguardo sus mercedes.

MARIA. Nada... que voy con ustedes.  
 GONZ. ¿Adónde?  
 MARIA. A la cacería.  
 GONZ. ¡Qué ventura!  
 GAB. ¡Qué placer!  
 GONZ. (Acercándose á María y dándole la mano.)  
 ¡Gracias! ¡gracias!  
 MARIA. (Señalando á don Jáime, que aparece.)  
 Mire allí.

## ESCENA IX

MARIA, GABRIEL, GONZALO, LUIS y DON JAIME  
 por la izquierda, segundo término.

GONZ. Don Jáime, ¡usted por aquí!  
 JAIME. (Se dan las manos y forman un grupo con Luis:  
 después Gonza o le enseña el telegrama.)  
 ¡Gonzalo!  
 GAB. (Aparte.) (¡Palidecer  
 les ví á los dos!)  
 JAIME. ¡Esto más!  
 GAB. (Aparte mirando á María.)  
 (¡Me agradan tus iras ciegas!)  
 MARIA. (Aparte mirando á Gabriel.)  
 (¡Así sabré dónde llegas!)  
 GAB. (Ap.) (¡Así sabré dónde vas!)  
 MARIA. ¿Estás contento? (A Gabriel.)  
 GAB. ¿Contento?  
 ¡Pues si el gozo me rebosa!  
 ¡Y lo está también mi esposa!  
 MARIA. ¡Tanta dicha, tanta sientos,  
 que casi sabe á dolor!  
 GAB. ¿Me amas mucho?  
 MARIA. ¡Mucho, sí!  
 ¿Y tú, me quieres á mí?  
 GAB. ¡Tanto, que ya no es amor!

## ESCENA X

MARIA, GABRIEL, DON JAIME, GONZALO, LUIS  
y MAGDALENA, por la izquierda.

MAGD.    ¡Otra vez él! (Aparte sin avanzar.)

GONZ.                            ¡Magdalena!

          ¡Por cien votos ha triunfado!

          ¡le tenemos diputado!

MAGD.    ¿Te agrada? (A Gabriel.)

GAB.                            Vale la pena.

          ¡Vengan aquí... con María!

          consagremos la velada

          al placer y á la alegría

          y á preparar la jornada

          de nuestra gran cacería.

          ¡Mucho en ella habrá que ver,

          y mucho habrá que gozar;

          que según mi parecer,

          habrá mucho que matar...

          por afición ó deber!

(Quedan él y María juntos: á su alrededor, como dispuestos á sentarse, los demás.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

---

## ACTO SEGUNDO

---

La decoración es la misma del tercer acto del drama *Cómo empieza y cómo acaba*.

Representa una habitación de paso en la casa de campo de don Andrés. Á la izquierda del espectador, en primero y segundo término respectivamente, dos puertas. Á la derecha otra tercera puerta: desde ésta hasta el corredor del fondo, un lienzo de pared seguido. En el fondo, y hacia la derecha, una gran ventana con hojas de cristal: en este mismo lado aparece la entrada de un corredor, que conduce á las habitaciones de la casa. También en el fondo, pero á la izquierda, una puerta que comunica con otro corredor: por esta puerta se ve un trofeo de escopetas, cuchillos de monte, etc. Entre la puerta del fondo y la ventana, una mesa de pino, y encima una Virgen de la Merced alumbrada por una pequeña lámpara ó por un farolillo. En primer término, á la izquierda, una mesa y un sillón: encima de la mesa una luz.

Es todavía de noche.

### ESCENA PRIMERA

LEANDRA; BERNARDO, que viene del corredor de la derecha.

LEAND. Mucho madruga usted, padre:  
no son las tres.

- BERN. Por lo visto  
no te quedas á la zaga.
- LEAND. Con la gente que nos vino  
de Madrid, ¡cómo es posible  
que nadie duerma tranquilo!  
Don Luis, don Gabriel, don Jáime,  
y ese señor que es tan rico,  
los criados, los monteros...  
vamos, que es un laberinto.  
Y gracias que las señoras  
y don Andrés no han querido  
venir por acá, y en casa  
de don Jáime, muy pasito  
se han quedado. Yo bien sé  
por qué. ¿Y usted?
- BERN. Lo adivino.
- LEAND. ¡Aquella noche! ¿Te acuerdas?
- BERN. ¿Si me acuerdo? En este sitio,  
donde estamos... ¡vino á dar!
- LEAND. ¡Pobre don Pablo! ¡un bendito!
- LEAND. (Acercándose á él con temor supersticioso.)  
Pues mire usted, el pachón  
há poco dió tres aullidos:  
y la pintada otros tres:  
como aquella vez: lo mismo.  
Y aunque son viejos los dos  
apretaban de lo lindo.  
¡De la noche en el silencio  
daba miedo y daba frío!  
Por eso me desperté:  
fuíme al patio muy quedito,  
les pasé á los dos la mano,  
diciendo, «quietos, borricos,»  
por el lomo... y el pachón  
estaba como un erizo,  
y la pintada sudando...  
ni que saliese del río...
- BERN. Muchacha, cavilaciones.
- LEAND. Bien está: que así me dijo  
aquella noche, y después...  
después vimos lo que vimos.

- BERN.** (Sañalando la de la Virgen.)  
Pero entonces esa luz  
se apagó... y ahora...
- LEAND.** Lo mismo.  
Es decir, lo mismo, no;  
pero pongo lo que quito.  
Vamos al decir, un caso  
que no es regular: ¿me explico?  
Mientras abajo me estuve,  
don Gabriel cata que vino,  
y sin respeto ninguno  
á esa imagen... va y qué hizo:  
cogió la luz, y á esa puerta  
acercóse muy quedito:  
reparó la cerradura,  
probó la llave.. le digo  
¡que parecía un ladrón!...  
salvo el respeto debido.
- BERN.** Pero si ahí dentro no hay nadie;  
si nadie ese cuarto quiso.
- LEAND.** Pues bueno, solo se estuvo  
mirándolo con ahineo.  
¡Y en tanto la Virgen santa  
¡á obscuras! nada, ni un hilo  
de luz en las lentejuelas  
de su ropaje divino.  
Cuando barrunto una cosa  
resulta luégo de fijo.
- BERN.** ¿Y qué barruntas?
- LEAND.** No sé;  
pero esto perdió su quicio.  
Si anoche me sucedió  
¡lo más raro!...
- BERN.** ¿Otro prodigio?
- LEAND.** Prodigio, no. ¡Pero vayah!...  
Padre, cuanto más cavilo,  
más me figuro que es cosa  
de cuidado.  
(Acercandose á él y en voz baja.)  
Con sigilo  
y misterio, y dos monedas



además, y de oro fino,  
me dió don Gonzalo anoche...  
cerrada y sin sobrescrito...  
¡una carta!

BERN. ¿Para quién?

LEAND. Pues ahí está. (Con malicia.)

BERN. No adivino.

LEAND. «Llévasela á tu señora,»  
eso fué lo que me dijo.  
«Á ella sola: ¿me comprendes?»

BERN. ¿Doña Magdalena?

LEAND. (Burlándose.) ¡Lindo!

¿La señorita María?

BERN. ¿Y qué?

LEAND. Que yo me malicio  
que esa carta...

BERN. ¿La perdiste?

LEAND. ¡Quite allá! Si anoche mismo  
fuí de una carrera al pueblo  
y la entregué. Cabalito:  
á ella sola.

BERN. ¿Y la leyó?

(Leandra dice que sí con la cabeza, siempre con  
aire malicioso.)

¿Y qué?

LEAND. ¡Pues que yo me fijo  
mucho en la gente!... ¡no es cosa!  
Y su rostro estaba lívido;  
y le temblaban los labios:  
y aunque la inocente quiso  
como fingir alegría,  
¡buena está! pues la del nido,  
cuando se cayó del árbol,  
y lo apedrea el granizo,  
y la madre no parece,  
y crece y se encrespa el río.

BERN. ¿Y es eso todo, chiquilla?

LEAND. No señor: que el enredijo  
antes de llevar la carta  
ocurrió. (Pausa.)

BERN. Vamos, no atino

con lo que quieres decir.  
 LEAND. ¡Que la leyó su marido!  
 ¡Ahí lo tiene! ¡Don Gabriel!  
 BERN. ¿Cómo?  
 LEAND. De un modo sencillo.  
 Ahora verá. (Disponiéndose á contarle.)  
 BERN. Gente viene.  
 LEAND. El ruín de Roma.  
 BERN. Pues chito.

## ESCENA II

GABRIEL, LEANDRA y BERNARDO

Gabriel viene por el corredor de la derecha.

BERN. Mucho madruga el señor.  
 GAB. Es ya tarde. Son las cinco.  
 BERN. Ni las tres.  
 GAB. No importa: avisa.  
 Todos arriba: es preciso.  
 En un momento amanece.  
 BERN. Sí señor.  
 GAB. ¿Y ella?... ¿no vino?  
 BERN. ¿Quién?  
 GAB. ¡María!... La señora.  
 BERN. ¡A estas horas! Cuando digo  
 que el señor no sabe...  
 GAB. Basta.  
 Despierta á todos.  
 LEAND. (Aparte.) (¡Qué arisco!)  
 BERN. Voy al instante.  
 GAB. De prisa.  
 BERN. Sí señor.  
 LEAND. (Aparte á su padre al salir por la derecha.)  
 (¡Es un erizo!)

## ESCENA III

GABRIEL

*Aquí*, cuando rompa el día  
y se encienda el horizonte:  
*aquí*, cuando allá en el monte  
comience la cacería.

Así leyó en un papel  
la que fué toda mi gloria:  
memoria, guarda memoria  
de lo que aprendiste en él.

«Leandra al pueblo bajará: (Como recordando )

»irá el cazador al puesto:

»para Bernardo pretexto

»que lo aleje se hallará.

»Y quedaremos los dos...»

¡Y además vuestro castigo:  
ni habéis contado conmigo,  
ni habéis contado con Dios!

(Pequeña pausa. Se pasa la mano por la frente y  
sus ideas toman otro rumbo.)

Pero calma el frenesí  
que te hostiga, pensamiento,  
¡que tal vez este momento  
es de dichas para ti!

¿Quién no espera? ¿quién no cree?

¿quién te dice, duda terca,  
que esa aurora que se acerca  
no es la aurora de mi fe?

Toda la escena adivino,

(Animándose y como viendo la escena que descri-  
be, con el deseo.)

que yo conozco á María...

Allá va mi fantasía

á lo largo del camino...

Su ventana entre follaje...

Ella... La carta recibe...

y un pensamiento concibe  
al impulso del ultraje.

Lo pone al punto por obra...  
coge... sale... da á correr,  
llega al fin... me logra ver...  
me abraza, y ya sin zozobra,  
«¡ahí tienes!... es del traidor!  
me dice, y nada te asombre:  
¡te doy la vida de un hombre;  
en cambio dame tu amor!» (Pausa.)  
Pero mentira, ¡ay de mí!  
que esto no sucederá:  
un duelo la espantará:  
¡las mujeres son así!  
Más le valiera en rigor  
ser algo más atrevida,  
cuidar menos de mi vida,  
y cuidar más de mi honor. (Pausa.)  
¡Débil, como niño tierno!  
¡cobarde, como el delito!  
¡terca, como el apetito!  
¡traidora, como el infierno!  
Así vaga en mi conciencia  
su imagen pálida y muda...  
¡a su lado va la duda  
y detrás va la demencia!  
¡Dios santo, su corazón!  
¡aquella dicha perdida!  
y en cambio toma mi vida  
¡y si quieres mi razón!  
(Cae en el sillón y oprime la cabeza entre las ma-  
nos.)

## ESCENA IV

DON JAIME y GABRIEL

- JAIME. (Poniéndole una mano en el hombro.)  
¿Te pesa el sueño?
- GAB. Me pesa  
más bien haber despertado.
- JAIME. Pues ya la gente allá arriba

se revuelve: ya en el patio  
se preparan los monteros,  
brincan alegres los galgos,  
y los podencos apuntan  
con el hocico hacia el rastro.

Conque sacude los miembros  
dormidos, pereza á un lado,  
y á respirar aire puro  
vámonos por esos campos.

(Gabriel levanta la cabeza y le mira.)

¿Pero qué tienes, Gabriel?  
¡qué rojos están tus párpados!  
¡cómo te brillan los ojos!

GAB. ¡Padre!...

JAIME. Gabriel... ¿has llorado?

GAB. ¿Es vergüenza?

JAIME. Según sea  
la causa.

GAB. ¡Celos!

JAIME. (Con explosión de alegría.) ¡Al cabo!

GAB. ¿Luego tú piensas que son?...

JAIME. ¡Insensatos! ¡insensatos!

GAB. ¡Pues te alegrabas!...

JAIME. Sin duda:

porque ellos de ese Gonzalo  
te alejarán, y tu honor  
ganará con ello tanto  
como ha perdido hasta aquí  
con el roce del villano.

GAB. ¿Pero María?...

JAIME. ¡Es un ángel!

¿Lo dudas?

GAB. ¡Padre! ¡dudarlo!

JAIME. ¿Luego tus celos?...

GAB. No existen.

JAIME. Entonces, ¿por qué tu llanto?

GAB. Por remordimiento, padre,  
de los celos que pasaron.

JAIME. ¿Pero es verdad?

GAB. ¿No me crees?

JAIME. A dudar me has enseñado.

- y no hay dolencia que lleve  
consigo mayor contagio.  
Algo noto en tu mirada...
- GAB. Toda sombra deja rastro.  
Mira, la noche se va,  
y aun las orlas de su manto  
en curvas inmensas rozan  
esos montes y esos campos.
- JAIME. ¿Y la noche de tu duda?
- GAB. Por aquí va resbalando. (Tocándose la frente.)  
Deja que suban sus bordes  
del corazón, á los párpados,  
que cuando pase el crespón  
vendrá la luz con sus rayos.
- JAIME. ¡Gabiell  
(Acercándose al fondo: corredor de la izquierda.)  
Escucha... María...
- GAB. ¡Es ella! ¡Es ella! ¡Dios santo! (Aparte.)  
Ella viene; ¿pero á qué?  
¿Á darme el papel villano?  
Pues esperemos que venga.  
¿Acude al traidor reclamo?  
Pues esperemos también.  
(A su padre en voz alta.)  
Después... después... Yo la aguardo  
arriba. ¡Porque ahora, padre,  
no es prudentel... ¡la amo tantol...  
Adiós: no le digas nada.  
Queda tiempo...
- JAIME. (Queriendo detenerle.) Sin embargo...
- GAB. Adiós... que la aurora llega  
con sus luces... Rojo manto (Aparte.)  
me parece que prepara  
según se va arrebolando.  
¡Ah, María! ¡si me vendes,  
otro como aquel preparo,  
que he de envolver tu belleza  
en ondas de sangre y llanto!  
(Sale por la derecha, segundo término.)

## ESCENA V

DON JAIME; MARIA, por el corredor de la izquierda,  
muy agitada.

JAIME. ¿Tú tan temprano, María?  
¿qué motivos? . .

MARIA. ¿Qué motivos?  
al ver los preparativos  
de esa sin par cacería.  
¿Y Gabriel?

JAIME. ¿Llegaste sola?

MARIA. (Dice todo esto con volubilidad, con tono ligero,  
pero inquieta y mirando á su alrededor.)

No, con Luis y don Andrés.

Mi primo antes de las tres

vino á casa. ¡Nos inmola

sin caridad! ¡Y es feliz!

¡Qué cazador! á su lado,

aquel Nemrod tan nombrado

fuera un mísero aprendiz

¿Pero mi Gabriel?... quisiera...

JAIME. Estás inquieta, agitada...  
¿qué tienes?

MARIA. ¿Qué tengo? nada.

JAIME. María, no eres sincera.

No tienes confianza en mí.

MARIA. ¿Qué dice usted?

JAIME. Y haces mal.

Haces mal porque te quiero

con cariño verdadero,

con cariño paternal.

MARIA. (Dejando de fingir y con efusión.)

¡Gracias, gracias!

JAIME. No es favor.

Alguna pena te hostiga:

yo sé cómo se mitiga,

si no se borra, el dolor:

que borrarase con la muerte.

¿Necesitas un consejo?

- puedo darlo, que soy viejo.  
 ¿Un defensor? Aún soy fuerte.  
 Y como nadie fiel.  
 Y cuenta de todos modos  
 con mi apoyo, contra todos.  
 ¿Quieres más? ¡Contra Gabriel!
- MARIA. ¿Contra Gabriel?
- JAIME. ¿Lo deseas?
- MARIA. ¿Por qué?
- JAIME. Voy á la raíz.  
 Porque no te hace feliz  
 y es menester que lo seas.
- MARIA. ¿Usted sabe?...
- JAIME. Lo adiñino.
- MARIA. Pues bien... ((Deteniéndose.))
- JAIME. Pronto: con lisura.
- MARIA. ¡Me desprecia! (Con desesperación.)
- JAIME. ¡Qué locura!
- MARIA. ¡No me ama!
- JAIME. ¡Qué desatino!
- MARIA. ¡Tengo pruebas!
- JAIME. No analices  
 miserias; copos de espuma.
- MARIA. ¡Ah, si lo fueran!
- JAIME. En suma,  
 ¡no sabes lo que te dices!
- MARIA. ¡Ojalá que mi razón  
 se hundiese en la lobreguéz!
- JAIME. Vamos, ¿quieres de una vez  
 abrirme tu corazón?
- MARIA. ¿Á usted?... ¿á usted?
- JAIME. ¡Á mí mismo!
- MARIA. ¡Y bien!... ¡sil... ¡todo!... ¡al momento!
- JAIME. Habla, hija mía.
- MARIA. Me siento  
 en el borde del abismo.
- JAIME. ¿Cómo?
- MARIA. ¡Gonzalo es traidor!
- JAIME. Todo Madrid lo proclama.]
- MARIA. ¡Me deshonra con su fama:  
 me persigue con su amor!



- JAIME. ¿Pero Gabriel?...
- MARIA. No lo cree,  
ó por lo menos lo finge.
- JAIME. ¡Qué dices!
- MARIA. Que es una esfinge  
para mi amor y mi fe.  
Que á cambio de su ambición,  
que Aranda alimenta astuto,  
le arroja como tributo  
su nombre y mi estimación.
- JAIME. ¿Qué piensas?
- MARIA. ¡Lo más horrible!  
¡Padre, lo que mancha más!  
¡Lo que no diré jamás!  
¡Lo increíble! ¡lo increíble!
- JAIME. (Con tono severo, cogiéndola por la mano: ella  
oculta el rostro.)  
Pues yo lo diré por tí.  
¡Que tu Gabriel te vendió!...
- MARIA. (Queriendo taparle la boca.)  
¡No lo digas, padre, no!
- JAIME. ¿Pero eso pensabas?
- MARIA. Sí. (Después de dudar.)  
(Acercándose á él con afán y hablando con cre-  
ciente pasión.)  
¡Pensamiento que me humilla!  
¡pensamiento que me mata!  
que aun á solas me arrebató  
el calor á la mejilla!  
Es el vértigo que llega:  
es la duda que me oprime:  
es la esperanza que gime  
á medida que se anega.  
Para alcanzar la verdad  
y apurarla hasta las heces,  
mi vida diera cien veces,  
y cien mi felicidad.  
Ya no se trata esta vez  
de mi amoroso martirio:  
lo que busca mi delirio  
son pruebas de sú honradéz.

Cuando les miro á los dos  
en tan perfecta armonía,  
cruza por mi fantasía,  
y que me perdone Dios,  
una tentación cruel,  
que al fin venzo y acorralo:  
la de abrazarme á Gonzalo  
delante de mi Gabriel,  
y decirle á voz en cuello,  
provocando sus enojos,  
con mis ojos en sus ojos,  
y en Gonzalo mi cabello,  
si te queda corazón,  
ó algún resto de nobleza,  
ó declara tu vileza  
ó castiga mi traición.  
Y al discurrir de esta suerte,  
tan deshonrada me siento  
por mi propio pensamiento,  
padre, que anhele la muerte.

**JAIME.** ¡La mereces, hija mía:  
la mereces!... Pero, ay Dios,  
que la merecéis los dos  
por vuestra necia porfía.  
¡Él te sospechaba aleve,  
él te juzgaba traidora;  
pero te adora, te adora!

**MARIA.** ¡Es preciso que lo pruebe!  
Y es inútil que me arguya  
como amante ó como juez:  
él duda de mi honradéz:  
pues yo dudo de la suya.  
Y cuando la duda llega,  
llega con tanta crueldad,  
que está viendo la verdad  
y sin embargo la niega.  
¿Frases? ... No tienen valor.  
¿Juramentos?... Son mentira.  
Si á él el vértigo le inspira,  
á mí me inspira el dolor.

**JAIME.** ¿Qué intentas?

- MARIA. Ponerle á prueba.
- JAIME. ¿De qué suerte?
- MARIA. ¿De qué suerte?  
Con algo que le despierte:  
con algo que le conmueva.
- JAIME. Te digo que despertó.  
¿Pero qué es ello, María?
- MARIA. Es una carta.
- JAIME. ¿Osaría?...  
¿Él?... ¿Gonzalo?
- MARIA. Me escribió.  
Y mi esposo la ha de ver.  
Á eso vengo y eso intento.
- JAIME. ¿Y si hay un lance sangriento?
- MARIA. ¡Qué desdicha!...  
(Se abraza llorando á don Jaime.)  
¡Y qué placer!
- JAIME. Si no puedo discernir,  
ante tanto delirar,  
ni acabo de penetrar,  
ni acabo de discurrir,  
aunque amor limpia y redime  
y enaltece cuanto toca,  
si he de tenerte por loca,  
ó adorarte por sublime.  
(Pausa. María llora en sus brazos.)  
Cesa en tu empeño.
- MARIA. Jamás.
- JAIME. ¿No tienes confianza en mí?
- MARIA. ¿En usted?...
- JAIME. Responde.
- MARIA. Sí.
- JAIME. Pues dame un plazo no más.  
Mañana á Madrid volvemos:  
si tus dudas no quebranto,  
si con mi acento y tu llanto  
á Gabriel no convencemos,  
recobras tu libertad:  
y en mí son principios fijos,  
que quiero mucho á mis hijos,  
pero más su dignidad.

- MARIA. (Como dudando.)  
No, padre... que de esa suerte...
- JAIME. ¿No te das por convencida?  
¡Tan poco vale su vida!  
¿tanto te apremia su muerte?
- MARIA. ¡Eso no!.. ¡perdón!... ¡Dios mío!
- JAIME. Pues un plazo.
- MARIA. Lo concedo.  
¿Pero después?...
- JAIME. Después cedo:  
no temas: yo te lo fío.  
Ahora, vete, que Gabriel  
puede bajar. Llega el día...  
(En este momento entra Leandra.)  
¿Te acompaño yo, María?...
- MARIA. Yo con Leandra: usted con él.
- JAIME. (Se separa de ella: luego vuelve.)  
¡Cuán insensatos los dos!
- MARIA. Yo mucho.
- JAIME. ¡Por Belcebú,  
que Gabriel lo es más que tú!  
Adiós, hija.
- MARIA. (Sale don Jaime por la derecha, segundo término.)  
Padre, adiós.

## ESCENA VI

### MARÍA y LEANDRA

- MARIA. Vamos, Leandra.
- LEAND. Al instante.  
¿Á dónde vamos?
- MARIA. Al pueblo.
- LEAND. Sí señora.  
(Van á salir las dos, pero Leandra se detiene y  
dico con cierta timidez.)  
Señorita...  
yo quisiera y no me atrevo...  
decirle una cosa. Yo...  
vamos al decir, la quiero...

muy de veras. Para mí,  
está claro, sigue siendo  
la señorita María,  
¡la de siempre!

MARIA. Te agradezco  
el cariño que me muestras;  
pero la verdad, no entiendo...

LEAND. Por evitarla un disgusto  
diera yo ¡lo que no tengo!

MARIA. ¡Un disgusto!

LEAND. ¿No se acuerda  
que anoche?... no puede menos.

MARIA. ¿Anoche?... ¿qué? (Con extrañeza.)

LEAND. (Con misterio.) ¡Pues la carta!

MARIA. ¿Dices la carta?... Habla presto. (Con interés.)

LEAND. Del cuarto de don Gonzalo  
salí con ella: y me encuentro,  
al dar vuelta al corredor,  
en aquel pasillo estrecho,  
y obscuro, en que don Gabriel  
ha escogido su aposento,  
me encuentro, digo, á Ramona,  
que me dice con mal gesto:  
«á trabajar, holgazana,  
»vente conmigo al momento,  
»que hay que subir unos sacos.»  
—«Voy de prisa: que no puedo.»  
—«Que sí.»—«Que no.»—Y es corriente,  
gritamos á voz en cuello  
en la disputa.

MARIA. Concluye.

LEAND. Y yo—«que no tengo tiempo:  
»que de orden de don Gonzalo  
»á mi señorita llevo  
»esta carta.» ¡Si el demonio  
mete á veces un enredo!

MARIA. ¿Eso dijiste?... ¿y entonces?...

LEAND. Entonces, nada: fué luégo.

MARIA. ¿Pero qué fué?

LEAND. Lo de siempre:  
que al fin y al cabo yo cedo.

- Entro en mi cuarto, que está  
á la mano...
- MARIA. (Con impaciencia creciente.)  
Ya me acuerdo.
- LEAND. Dejó la carta en mi mesa,  
y me voy con el escuerzo  
de Ramona, ¡si esa chica  
tiene un sino más funesto!..:
- MARIA. ¡Por Dios!
- LEAND. Acabo y me subo...  
y el pasillo está muy negro;  
¡pero de mi cuarto sale  
una sombra!... y yo con tiento  
la sigo... y es don Gabriel  
que entra en el suyo.
- MARIA. (Cogiéndola por un brazo.) ¡No es cierto!
- LEAND. ¡Cuando yo digo que sí!  
Cojo la carta y observo  
que el sobre es otro, y está,  
por donde pega muy fresco.  
De modo que la leyó,  
y esto no tiene remedio.  
Conque ya mi señorita  
lo sabe, que yo me quedo  
más tranquila con decirle:  
«guarda el lobo, que está hambriento.»
- MARIA. (Ap.) (Él la leyó y no me busca.  
Y deja correr el cieno  
para que llegue hasta mí,  
y se deslice en mi pecho,  
y salpique mi conciencia,  
y asalte mi pensamiento!  
¡Y se prepara tranquilo,  
y gozoso, lo estoy viendo,  
á correr por esos montes  
con su digno compañero,  
mirando de frente al sol,  
mirando de cara al cielo!  
¡Pero si esto no es posible!)
- LEAND. (Mirando por el corredor de la derecha.)  
Vienen ya ¿Vamos?

MARIA. Me quedo. (En voz alta.)  
 ¿Él duda? pues yo también. (Aparto.)  
 ¿Quiere una prueba? otra quiero.  
 ¿Es curioso impertinente?  
 Pues yo también voy á serlo.  
 Que yo entre lágrimas dudo,  
 y él al compás de su medro:  
 entre fortuna y honores  
 de su ambición alimento.

## ESCENA VII

MARÍA, GABRIEL, DON JÁIME, GONZALO,  
 LUIS, BERNARDO y LEANDRA

Vienen todos como dispuestos para la caza: Bernardo y Leandra quedan en último término. La entrada del grupo es por el corredor de la derecha. María y Gabriel hacen un movimiento como para precipitarse uno hacia otro, pero se contienen.

GAB. ¡María!... ¡Tan de mañana!  
 MARIA. Tan de noche que aún el día  
 no llegó.  
 (Pequeña pausa: saluda á Gonzalo, que le tiende la mano.)  
 Pero quería (Á Gabriel.)  
 verte desde esa ventana  
 partir contento y ufano,  
 del sol al primer cambiante,  
 con los sabuesos delante  
 y la escopeta en la mano.  
 Y el movimiento y la fiesta  
 quise observar de esos cerros,  
 al subir hombres y perros  
 á lo largo de la cuesta.  
 Y estudiar con interés  
 esos goces soberanos,  
 de ensangrentarse las manos  
 en una inocente res.  
 GAB. ¡Qué alegre!

- MARIA. ¡Cuánta bondad!
- GAB. (Ap.) (¡Y el billete no me entregal!)
- MARIA. (Ap.) (¡Y lo sabe y no me niega su afecto! ¡Dios de piedad!)
- LUIS. ¡Gran jornada!
- GONZ. ¡Gran jornada!
- MARIA. (Á Gabriel con ironía)  
¿Por cuánto renunciarías  
á las rudas alegrías  
que te aguardan hoy?
- GAB. ¡Por nada!
- Si no puedes concebir  
(Acercándose mucho á María. Los demás los rodean: Bernardo y Leandra en el fondo: todavía de noche: poca luz.)  
este goce de esperar,  
con certeza de matar,  
la caza que va á venir.  
(Este parlamento queda encomendado al actor. Unas veces habla refiriéndose á sus proyectos, otras á la caza; de aquí varias transiciones.)  
¡Placer horrible, salvaje;  
placer propio de las fieras;  
cuanto digas, cuanto quieras!...  
¡pero detrás del ramaje,  
esperar en el portillo,  
—que este es el nombre del puesto,—  
ya preparado y dispuesto,  
y levantado el gatillo,  
para disparar al paso  
aprovechando un instante,  
que pase la res jadeante...  
la cierva, pongo por caso!  
¡Y allá a lo lejos sentir,  
ya que no se puedan ver,  
de las jaras el romper,  
de los perros el latir!  
¡Y escuchar que el animal  
se acerca en carrera loca;  
que ya llega, que ya toca  
la linde del romeral!



¡Y verla desde el portillo  
venir saltando guijarros,  
y destrozando chaparros,  
y pisoteando tomillo!  
Y al través de un rojo velo,  
que el ansia manda á los ojos,  
pensar... ¡veré tus despojos  
pronto, muy pronto en el suelo!

(Aferrándose á María.)

¡Y disparar!... ¡y caer!...  
¡y comenzar la agonía!  
¡y llegar con la jauría,  
que llega á todo correr!  
¡Y ya en el suelo la cierva  
que mira y piedad invoca!  
¡y la espuma de su boca  
sobre el verde de la yerba!  
¡Espinass de los espinos  
en sus párpados tiranas,  
y lágrimas casi humanas  
en sus ojos cristalinos!  
Y entonces el cazador

(Cogiendo otra vez á María.)

sujetarle la cabeza:  
y pensando ¡buena pieza!  
y mirando con amor  
de aquellos ojos el brillo,  
descubrirle bien el cuello  
y en él cortarle el resuello  
con este recio cuchillo

(Desnudando el cuchillo de monte y levantándolo  
sobre María.)

¿Á tan sabrosa jornada,  
me preguntabas, María,  
por cuánto renunciaria?  
¡Ni por por nadie! ¡ni por nada!

LEAND.

¡Dice bien!

BERN.

¡Tiene razón!

GONZ.

¡Pues, señores, al ojeo!

LUIS.

¡Va delante mi deseo!

GONZ.

(Señalando á Gabriel.)

¡Y qué fuego!  
 JAIME. ¡Y qué pasión!  
 GONZ. (Ap.) (Extraño entusiasmo en él.)  
 LUIS. (Ap.) (¿Es entusiasmo ó es ira?)  
 JAIME. (Ap.) (Importa estar á la mira  
 de Gonzalo y de Gabriel.)  
 MARIA. ¿Y usted, Gonzalo?  
 GONZ. Novicio  
 soy todavía; mi fuerte  
 no es la caza. De esta suerte,  
 aunque es un noble ejercicio,  
 muy util en mi opinión,  
 como há poco lo emprendí,  
 tal extrago no hizo en mí  
 la costumbre ó la afición,  
 que el sacrificio sangriento  
 de un pobre sér inocente,  
 pueda ver indiferente  
 sin pena ó remordimiento.  
 (Pequeña pausa: Gonzalo queda pensativo.)  
 Y además, yo soy así:  
 me arrebatan mis pasiones...  
 busco modo y ocasiones...  
 en mi ciego frenesi;  
 camino siempre adelante...  
 llego al borde del abismo...  
 y me espanta mi egoísmo  
 y me detengo un instante. (Nueva pausa.)  
 Escuchen con atención,  
 que yo soy un hombre extraño.  
 ¿Qué perjuicio, ni qué daño  
 hicieron á esta reunión  
 esas reses, que en el monte  
 correrá nuestra jauría,  
 cuando llegue el nuevo día  
 al encendido horizonte?  
 Ninguno: y esta señora  
 su destino compadece:  
 pues bien, aunque más merece  
 quien tal belleza atesora,  
 tal virtud y discreción,

como tributo mezquino  
 á su semblante divino  
 y á su hermoso corazón;  
 cese ya la agreste lid  
 contra esa misma raza:  
 ¡renunciemos á la caza  
 y vámonos á Madrid!

(Momento de sorpresa en todos.)

LUIS. ¿Te has vuelto loco, Gonzalo?

JAIME. ¿Lo propone usted de veras?

GONZ. (Lo primero á don Jaime: lo segundo á Gabriel.)

Ya se ve: como tú quieras...

LUIS. Nada, nada, tú estás malo.

GAB. ¿Y tú qué opinas, María?

MARIA. ¿Y tú qué opinas, querido?

GAB. Que al punto á que hemos venido  
 ceder es ya cobardía.

MARIA. ¿De modo que no te alegras?

GAB. ¡Qué dijeran los monteros!

LUIS. ¡Y los demás compañeros!

GAB. ¡Y las escopetas negras!

GONZ. Pues basta con la intención,  
 que fué sólo por María.

GAB. La verdad, yo te creía (Con profunda ironía.)  
 hombre de más corazón.

GONZ. ¡Pues adelante!

LUIS. ¡Y al monte!

GAB. ¡Venga la primera res!

GONZ. (Á María, dándole la mano y con cierto matiz de  
 súplica.)

Hasta luégo.

JAIME. (Á María.) Hasta después.

GAB. (Mirando por la ventana.)

¡Ya está rojo el horizontel

(Los cazadores, con gran movimiento y alegría,  
 salen por la izquierda.)

## ESCENA VIII

MARÍA, LEANDRA y BERNARDO

María se dirige á la ventana y desde ella observa la partida de los cazadores. Una ligerísima claridad comienza á iluminar el cielo.

- BERN. ¡Qué alegres van! ¡Quién pudiera ir con ellos!
- LEAND. No se fíe de alegrías: que en un pie, cual si tuviesen cojera, suelen ir las de esa clase á pesar de su aderezo: y es claro, al primer tropiezo, ¡abajo! faltó la base.
- BERN. Tú siempre con tu manía.
- LEAND. Yo siempre, padre, en mis trece.
- BERN. Esta muchacha parece campana de la agonía.
- LEAND. Pero acierto en lo que digo.
- BERN. (A María.) Si algo tiene que mandar...
- MARIA. ¿A dónde vas?
- BERN. Al lugar.
- MARIA. ¿Aseguraste el postigo?
- BERN. Y la verja del jardín. Todo queda de este lado, señorita, bien cerrado. Ahora doy suelta al mastín, atranco firme el portón, después de ver si algo pasa, y ya tenemos la casa convertida en un torreón. ¡Pues la pintada vigila!...
- MARIA. (Pensativa) ¿De modo que para entrar?...
- BERN. Es necesario sonar la campana: esté tranquila.
- MARIA. (Ap.) (Ya no vacilo ni dudo.)
- BERN. No metiéndose al asalto,

y el paredón es muy alto...

**MARIA.** (Aparte después de oír las últimas palabras de Bernardo.)  
Si acude Gabriel, acudo.  
Ven conmigo al mirador. (A Leandra.)  
(Ap.) (Toda la casa domina:  
si alguien llega...)

**LEAND.** (¡Peregrina  
ideal) ¡Ya... ya!...

**MARIA.** Mejor;  
yo siento fuego en la tez.

**LEAND.** En fin, si á usted le parece...

**MARIA.** (En voz alta.) Voy á ver cómo amanece.  
(Ap.) (Es quizá la última vez.)  
(Salen por el corredor de la derecha María y  
Leandra.)

## ESCENA IX

**BERNARDO;** después **MAGDALENA**

**BERN.** (Después que se marchan María y Leandra, se acoma á la ventana.)  
Ya va clareando. Las luces  
sobran.  
(Viene á la mesa del primer término y apaga las  
luces, todas menos la de la imagon.)  
¿Qué es eso? ¿entró gente?  
(Acercándose al corredor de la izquierda.)  
Se oyen pasos... Sube... Vaya,  
algún cazador que vuelve.  
¡Toma!... ¡Doña Magdalena!  
(Magdalena entra y se apoya en el quicio de la  
puerta.)  
¡Señoral... ¡Conque tan fuerte!...  
¡Cuánto me alegro!

**MAGD.** ¿Y María?

**BERN.** Allá arriba.  
(Pausa. Magdalena da unos pasos, Bernardo se  
prepara para salir.)  
Pues si quiere

mandar algo, yo me voy.  
MAGD. Nada, Bernardo.  
BERN. ¡Valiente  
cacería se prepara!  
MAGD. Adiós.  
BERN. Vaya, no me atiende.  
Pues con Dios... y ya lo sabe,  
arriba á las dos las tiene.  
(Sale por la izquierda.)

## ESCENA X

### MAGDALENA

¿Por qué vino tan temprano  
sin avisarme y con ellos?  
¿Cómo no siente María  
al verse aquí sola miedo?  
Á estas horas tantas sombras  
enlutan el aposento,  
que no sé cómo hay quien pueda  
afrentarlas sin recelo.  
Siempre, siempre en este sitio  
(Pasándose la mano por la frente.)  
se apodera de mí el vértigo,  
y brotan de todas partes  
cual fantasmas los recuerdos...  
El puñal conque le herí  
estaba en aquel trofeo...  
Ya no está; pero no importa:  
hay otros... La puerta cierro.  
(Cerrando la puerta del corredor de la izquierda.  
Se tapa los ojos con las manos, después da unos  
pasos, mira hacia la derecha, último término.)  
La Virgen. . y la ventana...  
como ahora .. ¡blanco destello  
del alba formaba un cuadro  
de luz, sobre fondo negro!  
Y algunas nubes muy rojas,  
como aquellas... á lo lejos,

fingían vapor de sangre  
 que sube caliente al cielo.  
 Lo mismo, siempre lo mismo;  
 parece que el mundo entero  
 se paró en aquel instante,  
 y cogiéndome en su centro,  
 ni él cambia, ni cambio yo,  
 ni me deja, ni le dejo,  
 y vamos rodando juntos  
 por los abismos del tiempo,  
 cual crimen petrificado  
 que cuajó el remordimiento.

(Avanza aún más y mira á la puerta de la derecha.)

¡Ahí estaba! y ¡ahí le herí!  
 ¡Cerrada, no! Porque pienso  
 que de pronto se abrirá,  
 y que él vendrá desde dentro,  
 pálida la noble frente,  
 y rojo el honrado pecho,  
 con sus miradas de amor  
 y con sus helados besos.

(Corre á la puerta y la abre )

¡Dió un grito!... ¡salió después!...  
 y aquí mismo... ¡cayó muerto!

(Pausa: mira con espanto á tierra.)

¿Hay una mancha? ... Ya no...  
 pero esa parte del suelo  
 es más oscura... eso sí...  
 es más oscura que el resto.

(Apoyándose en el brazo del sillón ó inclinándose para mirar la mancha que supone ver.)

¿Por qué causa?... ¡sangre no...  
 que no dura tanto tiempo!

(Poco á poco se inclina hasta tocar la tierra con su mano, de rodillas ya y apoyada en el brazo del sillón. En este momento Gabriel trepa por la ventana y se destaca en un fondo ligeramente luminoso )

¡Pues cómo!... ¡la sombra crece!  
 ¡Jesús mil veces!... ¡qué es esto!

(Mirando á la ventana.)

## ESCENA XI

MAGDALENA ; GABRIEL empuja los cristales y salta dentro.

- MAGD. ¡Un hombre!...
- GAB. ¡Qué!... ¡Magdalena!...
- MAGD. ¿Quién eres?... ¡Gabriell
- GAB. ¡Silencio!
- MAGD. ¿Por qué vienes de ese modo?
- GAB. Y usted, ¿á qué vino? ¡Prestol
- MAGD. Vine á buscar á María.
- GAB. También á buscarla vengo.
- MAGD. ¡Mas trepando por allí!...
- GAB. Salvo mi honor como puedo.  
En fortaleza de infamias  
esta casa convirtieron:  
pues me cierran el portillo,  
por las almenas me meto.
- MAGD. ¡Gabriel, la lengua refrena:  
pára el torpe pensamiento!
- GAB. Parara yo mis venganzas,  
si sus traiciones en ellos:  
mas siguen, y sigo yo,  
y al fin nos encontraremos.
- MAGD. No sé lo que dices.
- GAB. ¡No!
- MAGD. No, Gabriel; no te comprendo.
- GAB. Pues experiencia, señora,  
debe tener por lo menos,  
de lo que son las infamias  
en este mundo de cieno;  
porque esa triste experiencia,  
todos, todos la tenemos:  
ya por haberlas sufrido,  
ó ya por haberlas hecho.  
¿Sabe usted lo que es amor?  
¿lo que es cariño sincero  
de un esposo? ¿lo que es honra?  
¿lo que es un ángel del cielo



arrastrando sus dos alas  
 por las charcas del deseo?  
 ¿Lo que es un hombre traidor?  
 ¿Lo que es un agudo hierro?  
 Pues sabe toda la historia,  
 y pronto sabrá su término;  
 que con las luces del alba  
 por esa ventana vengo,  
 en ojeador convertido  
 de mi propio menosprecio,  
 y del mundo la jauría  
 me va la caza trayendo,  
 ¡ó al alcance de mi plomo,  
 ó al alcance de mi hierro!

MAGD.

¡No comprendo todavía!

GAB.

¡Vive Dios, que es torpe el miedo!

Pues el traidor es Gonzalo:

la traición la de su pecho:

Maria la esposa impura:

yo, señora, el del ojeo:

también el de la deshonra,

y el de la venganza luégo,

que cuanto más la adoré

debo perdonarla menos.

¿Y ahora nada dice?

MAGD.

Sí.

GAB.

Pues diga.

MAGD.

¡Que mientes!

GAB.

¡Miento!

¡Ya quisiera!

MAGD.

¡Tú verás!

GAB.

¡Ven, María! (Dirigiéndose á la derecha.)

(Sujetáudola y trayéndola al primer término.)

¡No! ¡Silencio!

¡Espera á Gonzalo!

MAGD.

¡Infame!

GAB.

¡Ella!

MAGD.

¡Tú!

GAB.

¡Si sé de cierto

que han de verse en este sitio!...

Le espí... dejó su puesto...

vendrán á esta sala!

MAGD.

¡No!

GAB.

¿Que no? ¡si al fin has de verlos!

¡Nosotros dos... desde allí...

(Señalando la puerta de la derecha.)

escondidos... les oiremos!

Y si una sola palabra,

si un grito... ¡qué!... si tu aliento

llego á escuchar... te lo juro

por la tierra y por el cielo,

por el alma de mi madre,

y por su descanso eterno,

¡salgo y coso á puñaladas

de María el blanco seno! (Siempre sujetándola.)

MAGD.

¡Calla! . . ¡perdón!... ¡hijo mío!

GAB.

¡Pues silencio!

MAGD.

¡Sí!

GAB.

¡Silencio!

(Suena una campana; la de la puerta de la casa.)

MAGD.

¿Llaman? ¿quién es?

GAB.

¡Es Gonzalo,

y ella bajará al momento,

que los reclamos de amor

¡le prestan alas al tiempo!

MAGD.

¡Te digo que no! ¡imposible!

¡Gabriell... ¡hijo!

GAB.

¡Vamos dentrol!

MAGD.

¡No ha de ser!

GAB.

¡Pues yo lo mando!

MAGD.

¡Jamás, jamás!

GAB.

¡Yo lo quiero!

MAGD.

¡Duda de todos, de todos!

¡de ella nunca!

GAB.

(Llevándosela.) ¡Ya la siento!

MAGD.

¡Ella es el único ser

sin mancha!... ¡Santos del cielo,

amparadme!... ¡Madre mía!

(Tendiendo los brazos á la Virgen.)

GAB.

(Llevándosela siempre y con el oído en escucha.)

¡Más bajo!

MAGD.

¡Sí, te obedezco!



GAB. ¡Todos infames!... ¡traidores!  
¡yo misma! . . ¡yo lo confieso!  
Pues si dices la verdad,  
y en eso sí que te creo,  
¡para tal madre, tal hija!  
¡tal pantano, pues tal cieno!  
¡Ven á observar desde allí,  
con los sentidos despiertos,  
con la conciencia en escucha  
y la garganta en silencio,  
los contagios que María  
sacó de tu impuro seno!

MAGD. ¡No digas eso, por Dios!  
GAB. ¡Pues ven!... ¡pronto!

MAGD. ¡Que no quiero!

GAB. No me resistas, mujer,  
que ya la locura siento  
subir en olas de sangre  
y de sombra á mi cerebro,  
¡y aquí! ¡en mi frente! ¡morder,  
como en su presa, por dentro!...  
¡Sus pasos!...

MAGD. ¡Gabriel, no más!  
¡Piedad!... ¡piedad!

GAB. ¡Por fin!... ¡ellos!  
(Hace que entre á la fuerza en el cuarto y después  
cierra la puerta.)

## ESCENA XII

MARÍA, por el corredor de la derecha: después GONZALO  
por el de la izquierda. \*

MARIA. Allí está... le ví trepar  
por la ventana afanoso:  
¡vendrá celoso!... ¡celoso!  
¡mucho tardó en despertar!  
Con desigual intervalo,  
(Aplicando el oído.)  
como en cortada carrera,

alguien sube la escalera...

¡Valor!...

GONZ. ¡Maria!

MARIA. (Se miran sin hablar.) ¡Gonzalo!

GONZ. ¡Siento miedo y timidez ..  
por vez primera en la vida!

MARIA. Si mi congoja es fingida,  
dígame mi palidez.

GONZ. ¡Vacila mi corazón!

MARIA. Pues, Gonzalo, usted lo quiso:  
poner término es preciso...

(Como para retirarse.)

GONZ. ¡A todo, no á mi pasión!

MARIA. ¿Ama usted?

GONZ. Á una mujer.

MARIA. ¿Y al amarla?...

GONZ. ¡Soy, señora,  
traidor! Otro hombre la adora,  
y ese hombre ha llegado á ser  
su esposo y casi mi hermano.  
Confieso mi villanía,  
pero por ella, Maria,  
todo, ¡desleal! y ¡villano!  
Todo menos olvidarla:  
y todo menos perderla:  
¡la vida sólo por verla!  
¡el alma, por alcanzarla!  
(Se acerca á ella: ella retrocede hacia la derecha.)  
Con ella el mal, es el bien:  
sin ella el bien, sabe á mal:  
¡su amor es lo celestial!  
¡y el infierno su desdén!  
Y ahora diga por favor,  
¡que ansia horrible me devora!  
¿usted comprende, señora,  
de esta manera el amor?

MARIA. Aunque no discurro bien  
en este instante mortal,  
y aunque entiendo que hago mal,  
¡así lo entiendo también!  
¡Por eso he llegado aquí,

- atropellando mi honor,  
por un hombre, y un amor,  
y una duda que senti!
- GONZ. ¡Ah, María!... ¿De manera,  
que voy á saber del hombre  
dichoso, el dichoso nombre?
- MARIA. Sí: ¡suceda lo que quiera!  
Al pronto pensé fingir...
- GONZ. ¡No, María, la verdad!
- MARIA. ¿La quiere usted?
- GONZ. ¡Por piedad!
- MARIA. Pues bien, la voy á decir.
- GONZ. ¡Toda mi sangre se inflama  
y mi razón se enloquece!
- MARIA. ¡Y todo á mí me parece  
un abismo que me llama!
- GONZ. ¡Cuanto soy, cuanto he de ser  
la vida por este instante!
- MARIA. ¡Y yo avanzo delirante  
y anhelo retroceder!
- GONZ. (Acercándose á ella y cogiéndole la mano.)  
¡No digas eso; jamás!  
¡ese nombre y eres mía!
- MARIA. Pues lo diré...
- MAGD. ¡No, María! (Desde dentro.)
- MARIA. ¡Mi Madre!
- GAB. ¡No lo dirás!
- (María iba á pronunciar el nombre de Gabriel: su madre al dudar de ella y al interrumpirle es la que la mata.)

### ESCENA XIII

MARÍA, GONZALO, GABRIEL y MAGDALENA

Gabriel quiere atrojarse sobre María, Magdalens le sujeta.  
María y Gonzalo retroceden hacia la izquierda. Todo muy  
rápido.

GONZ. ¡Gabriel!

- MARIA. (Mirándole con ansia y alegría.)  
¡Por fin!
- GAB. (A Magdalena.) ¡Suelta!
- MAGD. ¡No!
- GAB. ¡En vano mis brazos atas!
- GONZ. ¡La defiendo!
- GAB. ¡Pues la matas!
- GONZ. ¡Quién la amenaza!... ¿Tú?
- GAB. ¡Yo!
- MAGD. ¡Huye, María! (Abrazándose á Gabriel.)
- MARIA. ¡Jamás,  
aunque mi pecho taladre!
- GAB. ¡Si el sepulcro de mi madre,  
su helado cuerpo ¡qué más!  
se extendiese entre los dos,  
por encima saltaría!  
¡Ya no te salva, María,  
no digo ese hombre... ni Dios!  
(Desnudando el cuchillo de monte.)
- GONZ. ¡Prueba!
- MAGD. ¡Gabriel!
- GONZ. ¡Insensato!
- MARIA. (Luchando con Gonzalo, mientras Gabriel lucha  
con Magdalena.)  
¡Déjame!...
- GONZ. ¿No ves su empeño?
- MARIA. (Se desprende de Gonzalo.)  
¡Puede matarme, es mi dueño!
- GAB. (Rechaza á Magdalena.)  
¡Y porque lo soy te mato!  
(Dicen estos dos últimos versos corriendo cada  
uno al encuentro del otro. Gabriel le hiere con el  
cuchillo de monte: María vacila: Gonzalo y Mag-  
dalena corren á sostenerla: queda en pié entre los  
dos.)
- MAGD. ¡María!...
- GONZ. ¡Por Belcebú!...
- MAGD. ¡Asesino!
- GAB. (Á Gonzalo.) ¡Ven, cobarde!
- GONZ. ¡María!...
- GAB. ¡Y haces alarde!...

MARIA. ¡Mi Gabriell...  
 GAB. ¡Tras ella... tú!  
 GONZ. ¡Pues sea!... (En actitud de lucha.)  
 GAB. (Blandiendo el cuchillo.) ¡Ya me apercibo!  
 GONZ. ¿Armas?  
 GAB. ¡Estas!  
 GONZ. ¿Sitio?  
 GAB. (Señalando hacia la ventana.) ¡El huerto!  
 GONZ. ¿Testigos?  
 GAB. ¡Dios para el muerto,  
 su conciencia para el vivo!  
 (Se precipitan los dos hacia el corredor de la izquierda: María, sostenida por su madre, los sigue ansiosa con la vista.)  
 GONZ. (Deteniendo á Gabriel y señalando á María.)  
 ¡Mira aquella palidéz!  
 GAB. ¡Déjala!... ¡La tuya cuida!  
 ¡Su madre le dió la vida,  
 quizá se la dé otra vez!  
 (Le coge violentamente y salen los dos.)

## ESCENA XIV

MARÍA y MAGDALENA

MARIA. Mi Gabriel... ya ves... ¡me amaba!...  
 MAGD. (Oprimiendo la herida con el pañuelo.)  
 ¡Cuánta sangre!  
 MARIA. ¡Qué me importa!  
 Esa lucha será corta...  
 (Da unos pasos como para salir, pero vacila.)  
 ¡De qué modo me miraba!...  
 ¡Ira y amor á la vez!...  
 MAGD. ¡Si restañarla no puedo!  
 MARIA. ¡Déjala... no tengas miedo!  
 MAGD. ¡Me espanta tu palidéz!...  
 MARIA. ¡Si al ver, madre, sus enojos,  
 más vida, mucha más vida,  
 que se escapa por la herida

- he bebido por los ojos!
- GONZ. ¡Ay de mí! (Desde fuera.)
- MARIA. ¡Grito de muerte!
- (Se arranca de los brazos de su madre y quiere ir; pero la faltan las fuerzas y su madre corre á sostenerla: ella le hace señas que vaya.)
- MAGD. ¡Pero tú!...
- MARIA. (Imperiosamente.) ¡Mira quién es!
- MAGD. ¡Pero tú!...
- MARIA. (Con desesperación.) ¡Por Dios!... ¡Después!
- ¡Pronto!
- (Queda apoyada en un mueble: Magdalena corre á la ventana.)
- ¿Quién?...
- MAGD. ¡Gonzalo inerte!
- MARIA. ¡Mi Gabriel... ¡Gracias, Dios mío!...  
Llámale... por si él no quiere...  
venir...
- MAGD. (Por la ventana.) ¡Socorro, se muere!...  
¡Hija!... (Vuelvo á sostenerla.)
- MARIA. ¡Bien tarda el impío!...  
¡Ay, madre!... que de este modo,  
si comienza mi agonía...  
ya no podré, madre mía,  
no podré explicarlo todo.
- JAIME. ¡Insensato!... (Desde dentro.)
- MARIA. (Reanimándose y con acento de esperanza.)  
¡De su padre  
es la voz!
- MAGD. (Abrazando y sosteniendo á María.)  
¡Socorro!... ¡aquí!
- MARIA. ¡Que vengan!... ¡que vengan... sí!
- (Con ansia.)  
¡Él sabe la verdad, madre!...  
¡Don Jaime se la dirá!...
- MAGD. Ven... (Queriendo llevarla al sillón.)
- MARIA. (Queriendo ir al encuentro de Gabriel.)  
¡Déjame!...
- MAGD. ¡Por favor!...
- GAB. (Desde dentro.) ¡María!
- MARIA. ¡Grito de amor!...



¡Lo sabe!... ¡lo sabe ya!  
 (Se abraza á su madre que la sostiene; quedan en primer término, hacia la derecha.)

## ESCENA XV

MARÍA, MAGDALENA, GABRIEL y DON JAIME.

Gabriel aparece por el corredor de la derecha con el vestido descompuesto y manchado de sangre, el cabello en desorden, el rostro pálido, la mirada vaga, con la vaguedad de la locura: su padre procura contenerle: enfrente, en el otro extremo, Magdalena sostiene á María. Dicen los cuatro primeros versos antes de entrar.

JAIME. ¡Hijo, vuelve á tu razón!

GAB. ¿Para qué la necesito?

MARIA. ¡Gabriell... ¡Gabriell... ¡aquel grito!

MAGD. ¡Socorro!... ¡por compasión!

GAB. ¡Déjame!... ¡me pertenece!

¡Es ella!... ¡es ella!... ¡María!...

¡al verla se enciende el día,

y ese cielo se enrojece!

¡Luz y sangre!... ¡todo va

revuelto!

MARIA. ¡Gabriell...

JAIME. ¡Gabriell...

GAB. ¡No me sujetes, cruel,  
 ó el alma te arrancará  
 mi furor!

JAIME. ¡Tú, contra mí!

GAB. ¿Qué?... ¿lo dudas, pobre anciano?

¡Pues muerte la dió mi mano

y la amaba más que á tí!

¡Déjame!... ¡Tus brazos!

(Esto último á María.)

MARIA. (Gabriel se arranca de don Jáime; y de Magdalena, María: corren hasta unirse y se abrazan estrechamente. Don Jáime y Magdalena se acercan con ansiedad al grupo que forman.)

¡Ven!...

¡Dudaba!

- GAB. ¡También dudaba!
- MARIA. ¡Pero te amaba!
- GAB. ¡Te amaba  
con toda el alma también!
- MAGD. ¡Suelta! ¡suelta por piedad!  
(Disputándose á María, que agoniza.)  
¡la mata tu frenesí!
- GAB. ¡No! ¡Que te conozco á tí!  
¡tú eres su fatalidad!
- JAIME. Toda noble criatura  
desde la cuna á la huesa,  
(Con desesperación.)  
disputada como presa  
del crimen y la locura!  
¡La matáis entre los dos!
- GAB. ¡Es mía!
- MAGD. ¡Nunca, que es mía!
- GAB. ¡Me pertenece, María!  
(María, á quien abandonan un instante en la lu-  
cha, cae muerta. Se arroja sobre ella Magdalena:  
Don Jaime contiene á Gabriel.)
- JAIME. ¡No!... ¡que pertenece á Dios!
- GAB. (A Magdalena, que llora encorvada sobre el cuerpo  
de María.)  
¡En vano quejas exhalas!  
¡Suelta! (Luchando con su padre.)  
¡Que su llanto tase!...  
(A su padre, refiriéndose á Magdalena.)  
¡No ves que impide que pase  
algo que agita sus alas!...  
¡Tu cuerpo con ruines duelos (A Magdalena.)  
sobre su cuerpo no encorves!  
¡quita, mujer, y no estorbes  
que vuele su alma á los cielos!  
¡Cesa en tu insensata guerra!  
¡harto pesó negra y fría,  
sobre la pobre María  
tu mala sombra en la tierra!  
(Separándola, pero quedando siempre de rodillas  
Magdalena.)  
¡Mira!... ¡sube!... (Señalando al cielo.)

MAGD.

¡Compasión!

GAB.

(Como escuchando en el vacío.)

Algo dice que ya escucho...

¡Dice que lloremos mucho...

y nos dará su perdón!

(Al oído de Magdalena, señalando siempre hacia arriba.)

FIN DEL DRAMA

74754277

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

**EL LIBRO TALONARIO**, comedia en un acto, original y en verso.  
**LA ESPOSA DEL VENGADOR**, drama en tres actos, original y en verso.  
**LA ÚLTIMA NOCHE**, drama en tres actos y un epílogo, original y en verso.

**EN EL PUÑO DE LA ESPADA**, drama trágico en tres actos, original y en verso.

**UN SOL QUE NACE Y UN SOL QUE MUERE**, comedia en un acto, original y en verso.

**CÓMO EMPIEZA Y CÓMO ACABA**, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogia.)

**EL GLADIADOR DE RAVENA**, tragedia en un acto y en verso, imitación.

**Ó LOCURA Ó SANTIDAD**, drama en tres actos, original y en prosa.

**IRIS DE PAZ**, comedia en un acto, original y en verso.

**PARA TAL CULPA TAL PENA**, drama en dos actos, original y en verso.

**LO QUE NO PUEDE DECIRSE**, drama original en tres actos y en prosa. (Segunda parte de la trilogia.)

**EN EL PILAR Y EN LA CRUZ**, drama original en tres actos y en verso.

**CORRER EN POS DE UN IDEAL**, comedia original, en tres actos y en verso.

**ALGUNAS VECES AQUÍ**, drama original en tres actos y en prosa.

**MORIR POR NO DESPERTAR**, leyenda dramática original en un acto y en verso.

**EN EL SENO DE LA MUERTE**, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

**BODAS TRÁGICAS**, cuadro dramático del siglo XVI, original, en un acto y en verso.

**MAR SIN ORILLAS**, drama original en tres actos y en verso.

**LA MUERTE EN LOS LABIOS**, drama en tres actos y en prosa.

**EL GRAN GALEOTO**, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.

**HAROLDO EL NORMANDO**, leyenda trágica original en tres actos y en verso.

**LOS DOS CURIOSOS IMPERTINENTES**, drama en tres actos y en verso.  
(Tercera parte de la trilogia.)  
**CONFLICTO ENTRE DOS DEBERES**, drama en tres actos y en verso.  
**UN MILAGRO EN EGIPTO**, estudio trágico en tres actos y en verso.  
**PIENSA MAL... ¿Y ACERTARÁS?** casi proverbio en tres actos y en verso.  
**LA PESTE DE OTRANTO**, drama original en tres actos y en verso.  
**VIDA ALEGRE Y MUERTE TRISTE**, drama original en tres actos y en verso.  
**EL BANDIDO LISANDRO**, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.  
**DE MALA RAZA**, drama en prosa y en tres actos.  
**DOS FANATISMOS**, drama en prosa y en tres actos.  
**EL CONDE LOTARIO**, drama en un acto y en verso.  
**LA REALIDAD Y EL DELIRIO**, drama en tres actos y en prosa.  
**EL HIJO DE CARNE Y EL HIJO DE HIERRO**, drama en tres actos y en prosa.  
**LO SUBLIME EN LO VULGAR**, drama en tres actos y en verso.  
**MANANTIAL QUE NO SE AGOTA**, drama en tres actos y en verso.  
**LOS RIGIDOS**, drama en tres actos y en verso precedido de un diálogo-exposición en prosa.  
**SIEMPRE EN RIDICULO**, drama en tres actos y en prosa.  
**EL PRÓLOGO DE UN DRAMA**, drama en un acto y en verso.  
**IRENE DE OTRANTO**, ópera en tres actos y en verso.  
**UN CRÍTICO INCIPIENTE**, capricho cómico en tres actos y en prosa.

**EL TEATRO**

**COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS**

**LOS DOS CURIOSOS IMPERTINENTES**

**DRAMA EN UN PRÓLOGO Y DOS ACTOS**

TERCERA PARTE DE UNA TRILOGÍA

POR

**JOSE ECHEGARAY**

BSP 7138 A.1

**TERCERA EDICION**

**MADRID**

**FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR**

*(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)*

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, —2—2.º

**1894**

ico en tres actos

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL  
**PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA**

PROPIEDAD DE

**FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR**

~~~~~

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.



## PUNTOS DE VENTA

---

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.







